



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
1803

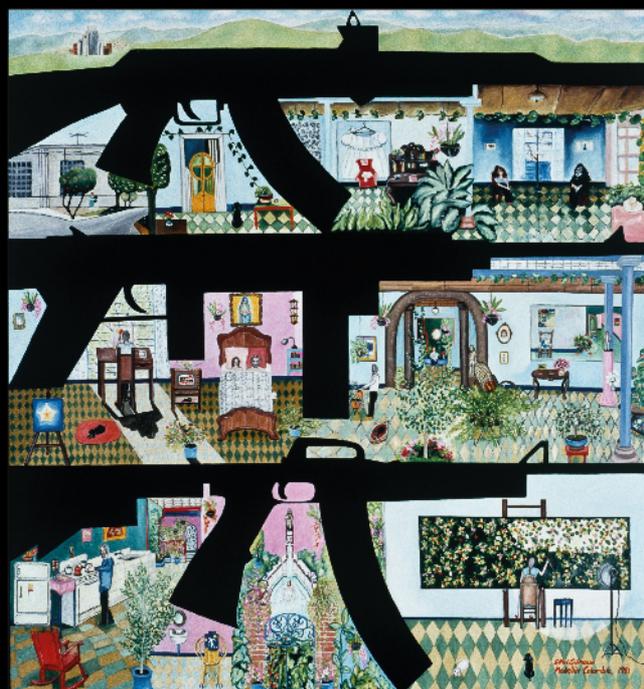


ac agenda cultural
Alma Mater

Junio 2020

La casa

- 1** Editorial
La casa, un jardín en el cielo
Oscar Roldán-Alzate
- 5** En el centro de la casa
Camila Charry Noriega
- 7** Ser en la casa
Orlando Gallo Isaza
- 10** 3 poemas sobre la casa
Pedro Arturo Estrada
- 12** La quietud absorta
Luis Germán Sierra J.
- 13** La casa
Judith Nieto
- 15** Se vende cama
Evelio Rosero
- 21** Una rata
Juan Carlos Orrego
- 25** La puerta de mi cabaña
Óscar Castro García
- 30** Besos para Nubia
Olga María Echavarría Ruiz
- 33** La casa: relato de un sueño cumplido
Marta Alicia Pérez Gómez
- 37** Los anfitriones
Francisco Pulgarín Hernández
- 41** La casa abandonada
David Betancourt
- 44** Quédate en la ventana
María Adelaida Echeverri Villa
- 49** Pequeños propietarios
Roberto Arlt
- 55** Programación cultural



Ethel Gilmour. *La casa*. Óleo sobre tela. 110 x 120 cm. 1991. Colección privada

Agenda cultural • Universidad de Antioquia • N.º 276 • junio de 2020

Publicación cultural e informativa de la Universidad de Antioquia, fundada en 1995

Presidente del Consejo Superior: Aníbal Gaviria Correa

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes

Vicerrector de Extensión: Pedro Amariles Muñoz

Comité Editorial: Oscar Roldán-Alzate (Director), Doris Elena Aguirre Grisales (Editora),

Juan Carlos Orrego Arismendi, Luis Germán Sierra Jaramillo, Marta Alicia Pérez Gómez

Diseño: Luisa Fernanda Bernal Bernal

Imágenes: fotos Carolina Villegas

Fuente: cortesía Imelda Ramírez (archivo personal)

La información y las opiniones incluidas en los artículos de esta publicación son responsabilidad de sus autores. No representan posiciones institucionales de la Revista o de la Universidad de Antioquia.

No está permitida la reproducción total o parcial de los textos o de las imágenes, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de los propietarios de los derechos

Agenda Cultural Alma Máter Universidad de Antioquia

Edificio de Extensión, Universidad de Antioquia. Calle 70 N.º 52-72, Piso 6.º

Teléfono: (574) 219 51 75. Medellín, Colombia. <http://agendacultural.udea.edu.co>

Correo electrónico: comunicacionsextensioncultural@udea.edu.co

Impresión y acabado: Imprenta Universidad de Antioquia

La Agenda Cultural Alma Máter es una revista universitaria, cultural e informativa de distribución gratuita y circulación mensual

La casa, un jardín en el cielo



Ethel Gilmour. Sin título. Óleo sobre papel. 160 x 180 cm. Aprox. 1974. Colección privada

Toda casa es un mundo, sus habitantes, sus dioses. Un túnel, que toma unos cuantos segundos cruzar, nos da el tiempo justo de terminar de alistar la visita. Adentro, un espejo nos deja ver por última vez las ansias y la carga de melancolía y realidad que llevamos a cuestras, previo al encuentro, una versión de nosotros

en la misma gama del gris basalto de la calle, el azul petróleo del asfalto y el bermellón ladrillo de la maraña de edificios en rededor.

Hay quienes dicen que si te despejas lo suficiente, el espejo te dejará ver las caras de decenas de animales que muy adentro de vos se

encuentran. Rasgos de perro, canario, mono, gato o caballo cambian como máquina tragamonedas con cada parpadeo. Yo he llegado con cara de oso, de vaca, culebra y gato.

Luego, la compuerta del túnel se abre y con la cara que tengas, estás *ad portas* de la casa, afuera, pero justo en el centro de ella, rodeado de besitos por doquier. Y sí, esta casa es al revés. Se ingresa por dentro, justo por un agujero en el centro de un mundo mágico.

Un intrincado y delicioso jardín infinito que se abre y se pierde en todas direcciones aguarda afuera del portón. Besitos, rojos, blancos y rosados, se conjugan en una danza vibrante que incita el ensueño. Ese jardín vertical es un todo en un tiempo cósmico que, aun durando un segundo, permanece para siempre en uno. Es sencillamente eterno. La suma de los muchos verdes, atrás de los coloridos besitos, resguardan tras de sí el misterio del espacio más fascinante del corazón de esta *esquiza*, desbordada y deseante ciudad.

Como en cualquier lugar especial, existen reglas mínimas pero claras. No hay visita sin acuerdo, sin invitación; esta es la primera, y quizá la única, pensándolo bien. De resto, cualquier cosa es posible, como que los objetos vuelen por ahí, solos, a su antojo y libre albedrío, o que una hora dure un segundo y un segundo un día.

Ser convidado no es fácil; podría equipararse a una recompensa, un reconocimiento, algo simplemente tan majestuoso como un regalo anhelado y necesario, pero inesperado.

El ritual prosigue con la aparición, casi al unísono, de los tres anfitriones, después del tintinear del timbre. La puerta, al tiempo que los corazones de Ethel, Jorge y Rosa María de la Lluvia se abren de par en par en esta casa en el aire de la familia Uribe Gilmour de la Lluvia, y comienza el hechizo. Ya en el interior, uno queda-

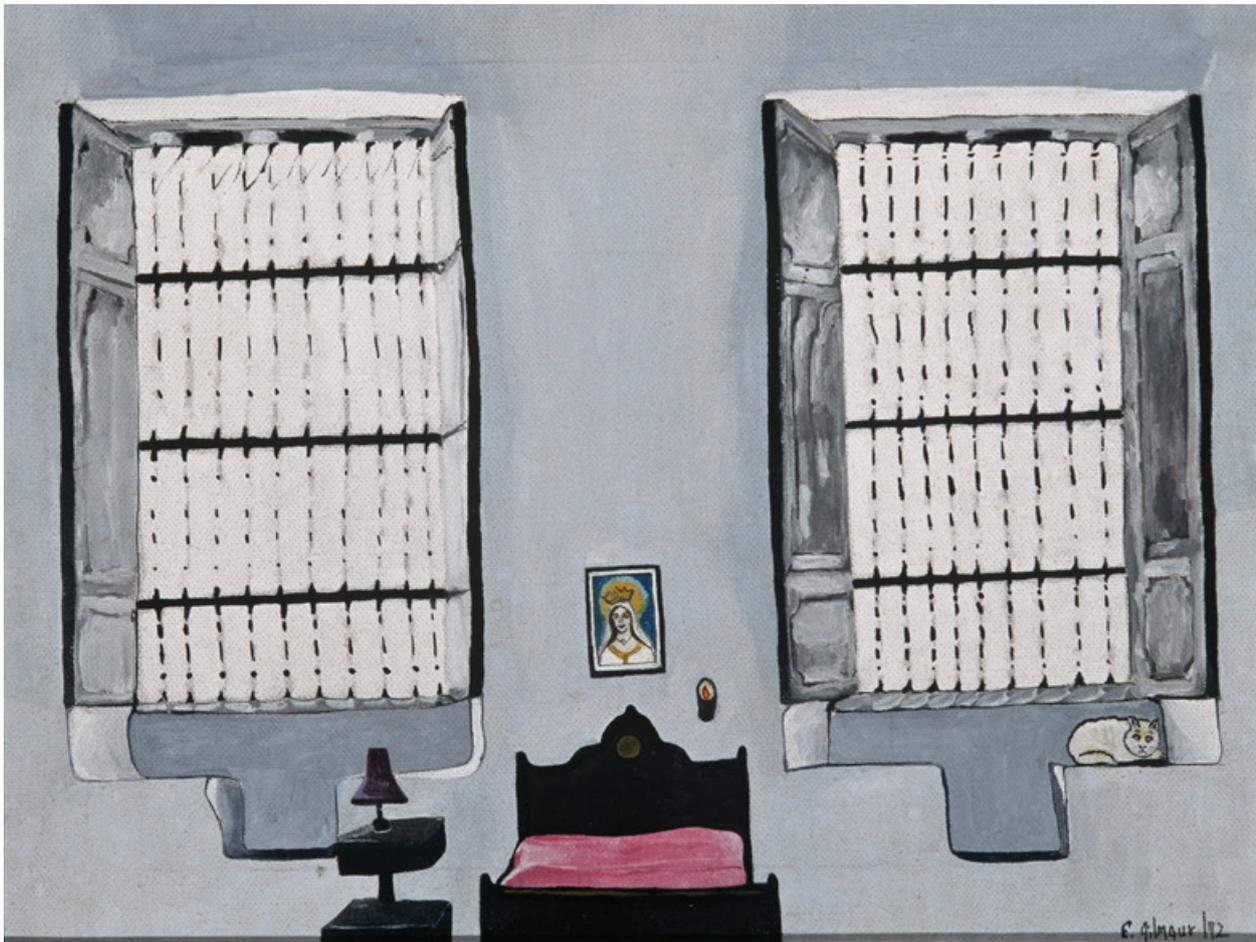
ba a merced de un amor sin tiempo en un paisaje aterciopelado y fresco, con calor de ruana de lana, aroma a jazmín de noche y un sabor de labios casi psicodélico, multicolor inolvidable.

Del jardín, contenido infinito de besitos, la puerta de la casa te pasa a la sala que, a la vez, es patio, solar y, al rato, sabana extensa y verde quemado. Este espacio tiene la propiedad de extenderse y multiplicarse con cada paso que uno da. Cada huella viene acompañada de un nuevo horizonte, cada vez más diáfano, lejano y asombroso.

Nada está inerte, todo respira y susurra. Los muebles, las mesas, las porcelanas tienen un parlamento alegre que no da lugar a silencio incómodo. Las ventanas de colores se funden con las pinturas, al punto que nunca es claro qué es cristal y qué es tela. Hay ventanas en el cielo, las paredes y el piso, así mismo, lienzos en cada hendidija y área disponible. Las superficies son, a la vez, pinturas. No existe un centímetro cuadrado sin color.

La casa, como cualquier casona paisa, creció alrededor de un patio central donde está aquel jardín infinito y el raro túnel del espejo. Los laterales, que son cuatro, tienen innumerables cuartos en galería que permiten ir recorriendo el circuito y, a la vez, dar la vuelta al mundo. Para el periplo tienes dos opciones, iniciar por la cocina y terminar por los estudios o viceversa. Cualquiera que sea el orden, siempre tendrás tiempo de encontrar entre los espacios de habitación selvas, mares, picos nevados y hasta el arca de Noé con todas las especies de esta tierra, además de personajes como papas, obispos o gendarmes. Ethel y Jorge salen a tu encuentro en cada rincón, de la manera menos esperada. Si vuelves a dar la vuelta, todo cambiará, será otro mundo, y otro y otro más cada vez.

La energía de la casa emana de la parte opuesta a la sala. Desde allí bombea su corazón: el cuarto nupcial. Dos catres metálicos, unidos



Ethel Gilmour. Serie *Hotel de Sonsón 1*. Óleo sobre tela. 33 x 44 cm. 1972. Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

pero separados, de color apastelado, con tendido de encajes, respira lenta y plácidamente de día, mientras duerme una larga siesta solar.

Flores, muchas flores crecen también en el interior. Cayenas enormes, girasoles diminutos, y rocío de guayacán amarillo se derrama por los pasillos que, en ocasiones, parecen calles de un pueblo encantado de Semana Santa.

La cocina, de techo de sol, no podría ser distinta. Una estufa blanca impoluta es lo único en la casa que no tiene color. Allí se preparan los colores, los alimentos del espíritu y el amargo café necesario para endulzar la vida.

Recuerdo que la última vez que fui invitado, *La última silla*, un mueble majestuoso que fuera creado para la sentencia de la orden de fuego e inicio del cataclismo nuclear en 1983 –en plena Guerra Fría–, conversaba gentilmente con la poltrona de flores y debatían sobre el color con el que iría a terminar el vestido de Ethel al final de la tarde; mientras tanto, Lluvia jugueteaba con otros tantos animales que cobraban vida al son de su latir y se escondía bajo el sillón de madera calado con dragones en sus brazos, y garras en sus patas, que había ganado el papá de Jorge en una rifa en el Club Unión y que llegó hacía más de un siglo de China, como quien busca refugio en un ser todopoderoso.

En tanto, Jorge iba por un vino dulce como su mirada, caminando lento, al mismo ritmo que se acicalaba con la mano derecha los cabellos sedosos y largos de plata, tratando inoficiosamente de dar algo de control a una parte suya que, claramente, él mismo sabía, tenía su propia voluntad.

Ethel no dejaba aparecer silencio sin cantar y, a la vez, espantar su entrada, y comenzaba su arrullo con un acento de niña que nunca perdió su origen sureño, pues jamás copió las eses sinuosas del sonar de esta tierra. Ella llegó de muy lejos, había caminado el mundo sin soñar nunca en atracar su nave pasajera en un alto valle de los Andes. Lo que sí tenía claro, era que donde fuera el amor, allí sembraría su casa. Ahora, esta gringa de ojos de muñeca, cola trenzada y cuerpo de bailarina, narra el mundo desde su llanura, desde esa sabana que se abría y cerraba al capricho de sus historias, que enlazaba batiendo los brazos con la delicadeza de Giselle tras deshojar la margarita, y cantaba historias con colores sobre lienzos, a la par que Jorge lo hacía con acuarela sobre papeles enormes donde cabía la iglesia más grande del mundo hecha con ladrillos, dejando espacio para las hojas de los cuernos verdes de venado que se desparramaban buscando las figuritas brillantes del San Alejo de los sábados, cada mes en la mañana.

Nada extraordinario pasa en los encuentros, pues todo lo imposible es normal en esta casa en el aire que había cantado Escalona y sembraron Jorge y Ethel con el abono de amor verde y la verdad del arte. Un centenar de metros sobre el suelo dejan a esta casa, que más pareciera un faro, ver la miseria humana que habita las luctuosas calles en la noche y las vivarachas alegrías de gente que la cruza y la vive de día.

Pero el tiempo pasa y la eternidad se resguarda en los corazones. El túnel fue cerrado hace unos días. Ya no hay cómo llegar a la casa en el aire, al menos yo no creo poder entrar, a no ser que algo extraordinario ocurra, cosa que no es del todo imposible. Es mejor no intentarlo. Supe, con pesar, que Lluvia dejó de mojar las huertas hace poco y las paredes han comenzado a extrañar las faenas del hogar, que se irrigaba con el corazón desde el cuarto matrimonial, y a aquella estufa blanca de mil colores desde la cocina. Jorge, en este momento, está solo, arriba en la casa, viendo el mar a lo lejos por su balcón, desde donde Ethel, bañándose en la fuente eterna de vida, lo contempla e ilumina con sus ojos celestes, esperando el momento para volver a su mundo, a su reino, a su casa.

Oscar Roldán-Alzate

Coda

Toda casa es un mundo, y nosotros en ella fungimos de dioses. Esta *Agenda Cultural Alma Máter*, está dedicada a esos mundos que construimos con cada aliento. Ethel Gilmour nos acompaña con su casa, que también es la de Jorge Uribe. Camila Charry Noriega, Orlando Gallo Isaza, Pedro Arturo Estrada, Luis Germán Sierra J., Judith Nieto, Evelio Rosero, Juan Carlos Orrego, Óscar Castro García, Olga María Echavarría Ruiz, Marta Alicia Pérez Gómez, Francisco Pulgarín Hernández, David Betancourt, María Adelaida Echeverri Villa y Roberto Arlt nos acompañan con poemas y narraciones en una edición especial que valora lo que la vida nos ha enseñado a construir: la casa.

En el centro de la casa

Camila Charry Noriega

Centro de la casa

*Finalmente descubrimos que corremos en pos de
sombras tan efímeras como inconsistentes
y no podemos encontrar nada
que sepa satisfacer a la nostalgia...*

Arthur Schopenhauer

La casa queda en la frontera.
El salitre sustituye la materia
que los ojos en otro tiempo
llamaron luz.

Sobre la piedra hundida
el salitre, por el peso de la hierba
se coagula.

Hemos olvidado todo.

Quisimos echar el río atrás,
devolverles a los huesos su peso,
recobrar el aire que los suspendió un
momento
y los batió ahogados entre la carne que se
hacía recia.

Pero la casa en la frontera
fue devorada por la hierba
y las fieras la habitaron.
Las vimos acomodarse,
abrir sus fauces,
tajar lo que quedaba.

Nos sucedieron y olvidamos.

La médula rebanada
bien adentro,
siempre fue el centro de la casa.

La música esa otra luz

La casa caprichosa se mece,
equilibra su peso con el de la tarde,
ordena a sus muertos
duerme a sus niños
para que vuelva la fortuna.

En el pueblo
la gente cree ver la imagen de un dios
en las paredes.
Al amanecer se afilan las manos
para desentrañar ese rostro en el abismo
que la piedra guarda.

Cada tanto cruzan el umbral los visitantes;
la cabeza descubierta a pesar del polvo
y llegan con su canto
porque la música es otra luz jubilosa
después de tanta espera.

Cada tanto se desprende del cuerpo la
palabra;
fractura apenas perceptible
entre lo humano y lo animal
que regresa el orden a las cosas.

Repite que todo pertenece al mismo barro,
que afuera
a la intemperie,
todo convulsiona con la misma intensidad
como la misma resistencia
al hambre, a la espera.

Cuerpo adentro

El agua mece la casa.
La oscuridad



Ethel Gilmour. Serie
Hotel de Sonsón 3.
Óleo sobre tela.
33 x 44 cm. 1972.
Colección Corporación
Casa de Ethel y Jorge

tren silencioso,
cruza y tantea los huesos.

Los habitantes observan desde los rincones
acostumbrados ya,
al vértigo que les produce
ser la estación de lo que fluye.

Las paredes son de piedra
también los objetos más elementales:
las sillas
la mesa
las camas
los cuchillos afilados por si vuelven las fieras,
también las lámparas que cuelgan de los techos,
manos abiertas,
se encienden cuando la luz las nombra.

Todo lo demás es de carne.

El agua llena todas las habitaciones,
se abre paso a través del cuerpo

y nadie teme,
han aprendido que cuando roce sus cuellos
flotarán
y chocarán los muslos, las cabezas,
los pies inertes
(pequeños pájaros que
convulsionan en un pozo)
y siempre habrá carne que se afila
contra el borde de las piedras.

El agua mece la casa hasta el
amanecer;
luego vuelven las tareas cotidianas:
despertar a los ahogados
servir en los platos minúsculas algas
limpiar con las escobas la oscuridad de
los rincones
desprender de los ojos la humedad
las visiones:
carne sobre carne el aliento humano
carne lamida,
despeñada.

Camila Charry Noriega. Profesional Estudios Literarios y maestra en Estética e Historia del Arte, es profesora de literatura española y latinoamericana y coeditora del fanzine *La trenza* (poesía y ensayo escritos por mujeres en Colombia). Los poemas aquí incluidos hacen parte de su libro *Arde Babel* (Bogotá, Colección Un libro por centavo, Universidad Externado de Colombia, 2017).

Ser en la casa

Orlando Gallo Isaza

Volver al barrio

Para volver al barrio de la mano del poema
las doce del día es la mejor hora
y almorzar de nuevo en casa de tu madre
puede resultar propiciatorio.

Así lo sientes
sentado frente a la ventana que da al patio,
paladeando a solas en la mesa
esa sazón suya,
tan elemental y apresurada,

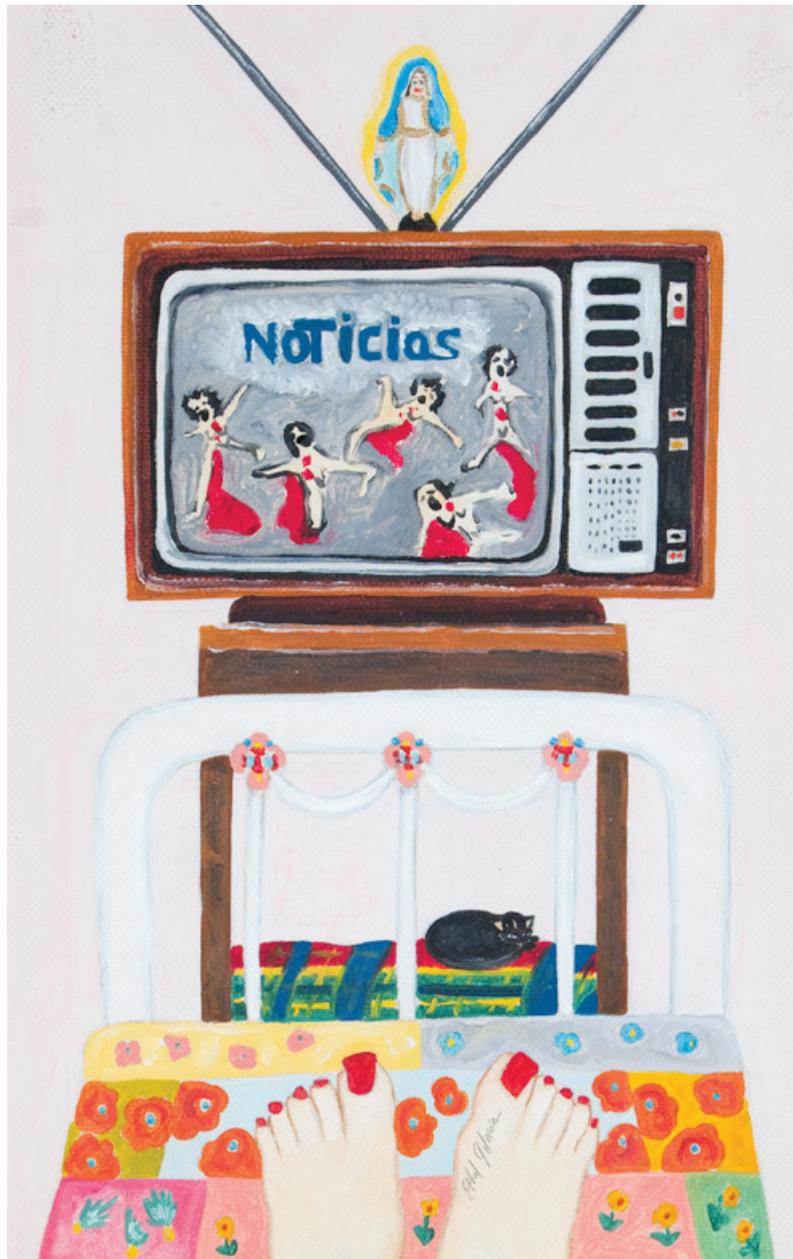
mientras en la radio
y en la cocina
a dos voces
el bolero y el tango,
la balada y el pasillo,

ese estropicio maravilloso
tan incivilizado.

Y afuera,

las señoras en arrastraderas
barriando eternamente el frente de sus casas,
los febriles partidos de fútbol,
el protagonismo al que siempre aspiraste
(allí en esa cuadra donde nunca fuiste nadie,
lo cual es desde siempre algo irremediable),

Sólo que en cada regreso
eres quizá un poco más puro,
más indefenso frente a esa melodía inagotable,
y así.



Ethel Gilmour. *Mirando TV*. Óleo sobre cartón. 30 x 20 cm. 1989.
Colección privada



Ethel Gilmour. *Nuestra casa (Jávea, España)*. Óleo sobre tela. 147 x 137 cm. 1979. Colección privada

Domingo

Para ese entonces
mi anónima amiga de las mañanas
precediéndome en un súbito ateísmo
del que aún me duelo

no había regresado a aquella banca común
al lado izquierdo de la nave central
en la iglesia de Buenos Aires.

Pero estaba el partido de fútbol en la cancha de Miraflores
Ferretería J.C. contra Boca Junior 2.000 por ejemplo,
un programa al aire libre que incluía mesada extra
y mucho mango biche con sal y limón

y los gritos cargados de palabrotas
de los entrenadores borrachos todavía

y los hermosos traseros de las fans
sobre las gradas de cemento.

Y estaban las tardes para no hacer nada,
si acaso reordenar la pobre biblioteca de Colcultura
(los libritos de cinco pesos
que nos alfabetizaron),

esas tardes que el creador puso en el día
sólo como antesala
de las ocho y diez de la noche:

hora en que empezaba el programa de jazz en Radio Colibrí
y papá y mamá conversaban en la cocina
mientras ella lavaba los platos
y mis hermanos empacaban sus cuadernos

y la semana confluía en un vértice único
de comunión con las cosas

y yo amaba esa familia
de la que David Cooper y compañía
me habían distanciado el resto del tiempo.

Momento de breve intensidad
que me devolvía renovado a la rutina

momento que todavía hoy
cuando ya ni Radio Colibrí existe
me frecuenta infalible y puntual donde quiera que esté.

Tugurio

A medianoche

bajo techos de zinc
golpeados por la lluvia

como una iridiscente joya
el deseo.

Orlando Gallo Isaza es poeta y se desempeña como magistrado del Tribunal Superior de Medellín. “Volver al barrio” fue publicado en *La próxima línea, tal vez* (Bogotá, Letra a Letra, 2017); “Domingo” y “Tugurio” fueron publicados en *Todas las cosas es lo único que dejamos* (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1999).

3 poemas sobre la casa

Pedro Arturo Estrada



Ethel Gilmour. *La última carta a Dios*. Óleo sobre tela. 129 x 220 cm (díptico). 1993. Colección privada

En la casa

Para Gilma Zapata

En la casa de taburetes ordinarios
paredes que la sombra borra

ella vive y medita
plancha la ropa y lava
esa mugre acumulada de los días

Tras los techos de cal
vida que se cumple simplemente

Tiempo que se descuelga monótono del almanaque
sin que nadie sepa la aritmética exacta de la muerte

ni descifre los signos que dios escribe
en los dormitorios penumbrosos.

Otra casa

Para Javier Naranjo

Habito después de todo la casa
construida en sueños, la casa
levantada en la región translúcida
en el deseo inmensurable

Sus cimientos se afianzan en la niebla
junto al acantilado de la nada se yergue

Y, sin embargo,
por sus pasillos me extravió
en sus profundos salones silenciosos me
refugio

Crezco, vivo y espero tanto
detrás de sus ventanas:
bajo su techo cóncavo descifro
la luz famélica del mundo, la imagen
y el lenguaje sin edad del vacío...

Sus paredes no ocultan
— revelan mis secretos
al sol furtivo que las hiere

Mas no está en sitio alguno nomenciada:
mi casa soy yo mismo

— heredaré la muerte sus jardines.

Otraparte

Memoria de Fernando González

Esta es la casa donde habitó en su desnudez,
en su silencio luminoso y pleno.
Este el jardín donde se oyeron
hondas y auténticas
las palabras.

En el pequeño corredor
presentimos su sombra, el eco de sus pasos,
el golpe suave del bastón indagando
la noche, la memoria del devenir,
el mañana del hombre.

A estos rincones las muchachas
— sus muchachas —, han vuelto.
Ríen otra vez, bulliciosas, eternas,
como entonces.

La quietud absorta

Luis Germán Sierra J.

Aburrimiento

Amar el aburrimiento
por encima de todas las cosas.
Habría menos crímenes y menos estupideces
en el mundo
—los criminales y los estúpidos son gente aburrída
que sale de su casa a matar el tedio—.
Y habría menos gente sola
con matrimonios acabados
por falta de amor al aburrimiento.
La casa, aunque modesta,
sería nuestra mejor morada
porque en ella se demora nuestro aburrimiento.
Las obras de los artistas
son puras ganas de cambiar el mundo
en medio de su aburrimiento.

12



Ethel Gilmour. *Nuestro gato después de una rumba* (Serie 30 cartas a Dios). Mixta. 40 x 36 cm. 1989. Colección privada

La casa

Más que de sus puertas
y piedras,
la casa está hecha
de la quietud absorta,
a media luz,
que encuentro sorprendida
cuando vuelvo sin aviso.

Luis Germán Sierra Jaramillo es escritor y coordinador de actividades culturales de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz de la Universidad de Antioquia. “Aburrimiento” es un poema inédito y “La casa” fue publicado en *Coda del silencio* (Medellín, Sílabas Editores, 2016).

La casa

Judith Nieto



13

Ethel Gilmour. *Tu casa, mi casa*. Óleo sobre tela. 117 x 110 cm. 1990-1991. Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

La casa es un lugar amigo, un punto donde vive inmóvil la tormenta del tiempo. En la casa están la vida y los recuerdos. Ella, amplia

o estrecha, habitada o desocupada, siempre está dispuesta a dar acogida. La casa, abierta o cerrada, produce curiosidad; sus puertas so-

brias o talladas parecen reclamar las miradas de moradores y transeúntes que tantas veces se detienen a contemplar un portón, a revisar los detalles de la aldaba —palabra sonora— que, particularmente en provincias y pueblos lejanos a las urbes de hoy, sirve para llamar la atención de quienes se resguardan en la casa, quienes luego del sonido sobre la madera o el metal se disponen a abrir cerraduras y a hacer pasar al visitante, o a desconocer al forastero. En la casa de antes, el llamado estaba precedido por un golpe soportado por la puerta; en las de hoy, un timbre es el que indica que afuera hay alguien expectante.

Así es: de las puertas, de los umbrales de la casa se tienen conocimientos insospechados por sus residentes; como los que sirven de indicación, de señal para llegar a un lugar, para encontrar una ruta, para saber un destino, un horizonte, un... Pero de la casa, de la que existe al cruzar la puerta que se abre para acoger a quien en ella vive, de esta se sabe poco. El mundo de afuera es oscurecido por esa lámina elevada que se desgonza y se cierra para así dar paso a la vida de adentro, la que esconde el eco del bullicio y hasta de la calma.

La casa, lugar en el que sus moradores terminan por acostumbrarse a todo lo que de ella hace parte, es el espacio sobre el que poco se piensa. Tal vez porque su topografía suele permanecer tantas veces intacta y en la que siempre están los pisos de granito, de baldosa, de madera o de barro. En la que continúan los muros levantados y fortalecidos a fin de proteger a quienes viven bajo el mismo techo y, por qué no, para cumplir con su misión de custodiar los prolongados o reducidos corredores con jardines húmedos. Es la casa en la que siguen las ventanas con sus colores desvanecidos o recién retocados, en la que es infaltable el cuarto a oscuras con la puerta entreabierta, la puerta misteriosa que pocos se atreven a franquear. O la que, apenas levantada con frágiles soportes para recibir el techo de plásticos

escurridos y cartones endebles, logra albergar a quienes consideran que esa escasez que les permite guarecerse, y donde día a día estrenan su extremada mudez, se llama casa. Es la casa la que acoge a los sin techo.

Pero en la casa, independiente de cómo y de qué esté construida, hay la posibilidad de que quienes la habitan se acostumbren a verla, pero no a pensarla. La cotidianidad que rodea lo que es ocupar la residencia impide pensar sobre lo que puede ser la casa, meditar en particular sobre su esencia que permite ser asilo, pero, ante todo, célula para el propio conocimiento. Y también la vivienda es el espacio que, desde la quietud y sin urgencia del afuera, nos permite conocer mediante diferentes recorridos por el mundo. Aventura posible cada vez que, en su contención, contemplamos una pintura, escuchamos música, leemos un libro, consultamos un mapa, atendemos a la noticia lejana que nos llega y, hasta cuando hacemos vidas posibles, y sin necesidad de un desplazamiento que implique salir o abandonar el albergue.

Y hay algo más; la casa, la que prodiga el conocimiento propio y el de los otros, reserva desde su detenimiento espacios para sus vivientes y para otros que un día vendrán. Es el lugar donde se da el encuentro de tantas existencias: las de los objetos que, en su singular estar ahí, protegen rincones y esquinas, y las de sus refugiados, quienes, cada vez que se apoyan en una pared encalada, le ruegan un recuerdo. Lo hacen sin pensar en la memoria que puede soportar una casa, por frágil que esta sea. La memoria es la que produce la nostalgia que se siente al deshacer una casa que se va a dejar. La casa tiene memoria y guarda con igual celo el recuerdo del objeto apreciado que al caer se estropeó, o el postrado día en el que la espera estuvo atenta a que *todo pasara*.

Judith Nieto es escritora y profesora de la Escuela de Microbiología de la Universidad de Antioquia.

Se vende cama

Evelio José Rosero

Entró a preguntar por curiosidad el precio de la cama. No, no fue curiosidad, fue cansancio, el sueño eterno que lo perseguía a la hora del almuerzo, cuando abandonaba la oficina y caminaba las seis calles que lo separaban del restaurante. El centro de Bogotá, a esa hora, parecía hervir aunque lloviera: ruidos furiosos, olores irreconciliables, voces desesperadas, niños sin destino abandonados intempestivamente y para siempre en las esquinas.

No supo por qué, pero decidió ignorar la ruta acostumbrada. Atravesó corriendo la avenida Caracas en la mitad de un pánico universal; se detuvo acezando en la orilla salvadora, envuelto en gente, sudor de axilas, humo de máquinas, y eligió otra calle. Pensaba que de cualquier manera llegaría al restaurante: dos horas de libertad, suficientes para el almuerzo, la lectura del periódico, un café, un cigarrillo, la somnolienta digestión, y el regreso pesado, elefantuno, a la oficina. Se detuvo un instante en la calle desconocida; un tumulto caluroso lo adormeció; la gente corría y se amontonaba: descubrió que se trataba de una mujer y su hija recién atropelladas por una buseta. Los pasajeros –los rostros pegados a las ventanillas– contemplaban estupefactos la escena; el conductor de la buseta, de pie ante los cuerpos inmóviles, se llevaba las manos a la cabeza y se balanceaba: parecía borracho. Algunos hombres gritaban, pero él no entendió los gritos; su fatiga se acrecentó; un sueño profundo se apoderaba de sus párpados; se le antojó que todas las caras formaban un solo corazón estallando en sus tímpanos. Buscó alrededor un sitio en dónde sentarse; no lo encontró. Atravesó tambaleante la muralla de cuerpos y se alejó; un vértigo creciente lo saturaba; achacó la debilidad a sus treinta y siete años recién

cumplidos, a la disputa con su mujer esa mañana, al insidioso saludo del jefe de personal. Y así atravesó sin detenerse varias calles, cada vez más atestadas. Comprendió que estaba perdido: intuía la proximidad del restaurante, pero no la dirección a seguir. Continuó avanzando, con el sueño y la fatiga a cuestas; pensó que en cualquier momento caería, que cientos de personas se asomarían a su rostro, que lo interrogarían. Y fue cuando vio ese rótulo de madera, *Se vende cama*, encima de una puerta alta y estrecha, abierta de par en par. Se recostó al umbral. Vio, al fondo, entre las sombras, un mostrador vacío y, detrás, una vieja sentada, el pelo blanco recogido en una moña; fumaba, los ojos entrecerrados, las dos manos rugosas enlazadas por encima del mostrador.

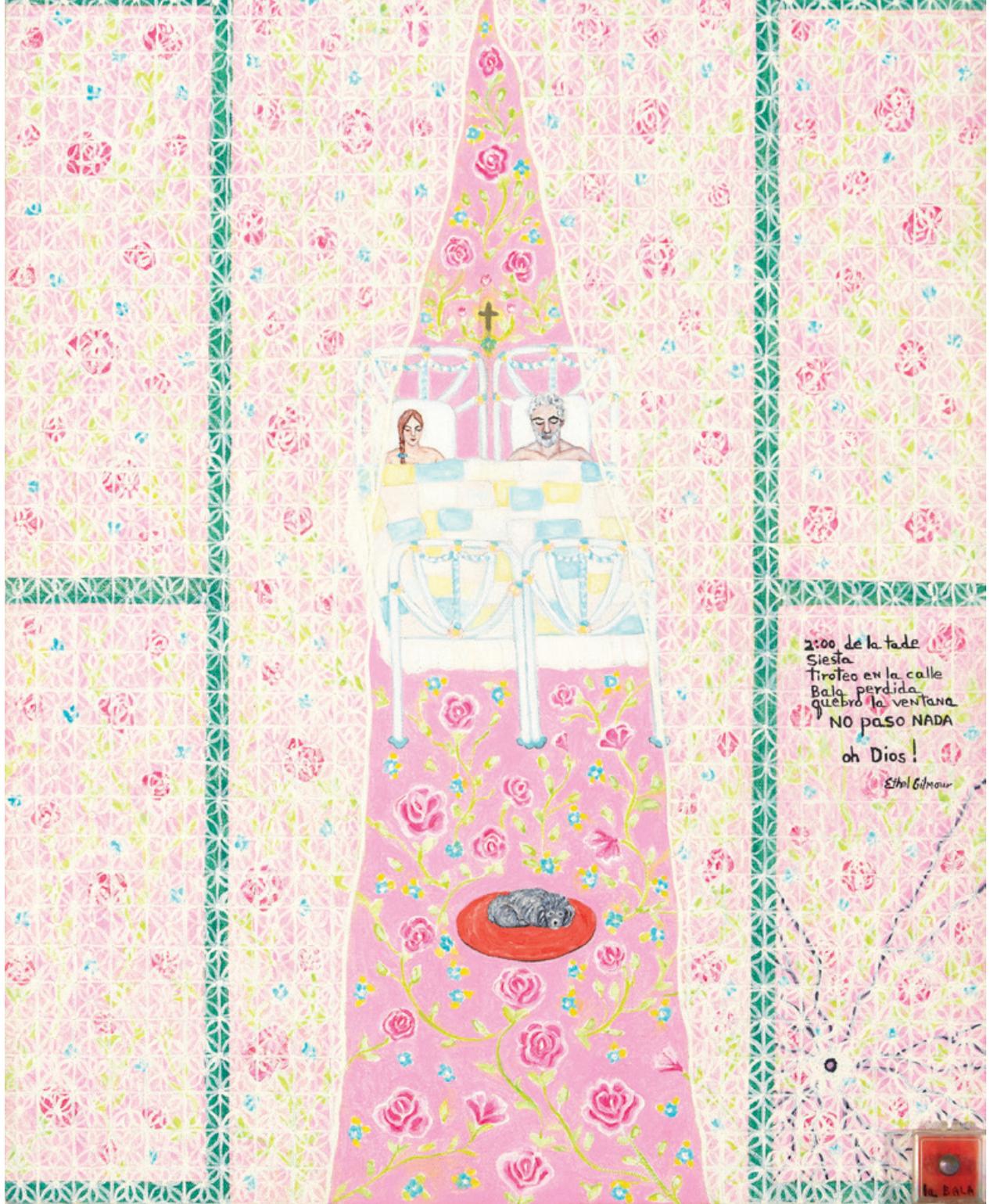
–¿Se vende cama? –preguntó.

La vieja no respondió. Impasible, de piedra, era sorda o parecía; arrojó una bocanada de humo y siguió quieta, sin mirar a nadie, sin mirar nada. “Acaso –pensó él– esta mujer no me ha escuchado. Es posible que sea sorda y no me escuchó”. Avanzó al mostrador. Las sombras lo confortaron, el olor del cigarro, cierta insospechada antigüedad dentro de esa casa que lo separaba de la calle, del mundo, de Bogotá.

Hubo un silencio largo. Era como si él no existiera.

–Señora –preguntó con voz recia–, ¿venden aquí una cama?

La vieja no se inmutó. Sus ojos pequeños, inexpresivos, siguieron de plomo; otra grisosa bocanada invadió el recinto. “Está ciega, ade-



Ethel Gilmour. *La siesta* (Serie No ficción). Óleo sobre tela. 50 x 40 cm. 1995. Colección MAMM

más” pensó él. Le daba igual. Que la vieja no respondiera a sus preguntas era indiferente. Podría quedarse unos minutos ahí, recostado al mostrador; se recuperaría, iría al restaurante, lo olvidaría todo. La vieja se removió, cambió de postura, arrojó la ceniza del ciga-

rro y volvió a fumar. Y aunque tampoco ahora lo determinó, él se creyó en la obligación de insistir.

–Discúlpeme –dijo–, afuera hay un letrero, se vende cama. ¿Es aquí, cierto?

-¡Aurora! -gritó de pronto la vieja, sin quitar el cigarro de sus labios. Sus ojos se cerraron con fuerza, como si le hubiese costado un gran dolor hablar. Parpadeó un tiempo, mientras desaparecía el eco de su voz.

Y emergió entonces, de entre las sombras de una portezuela interior, una muchacha vestida de azul. ¿Una muchacha o una niña? No debía tener más de quince años. Con un vestido azul, arrugado, el rostro adormecido, parecía recién acabada de despertar.

-Muéstrale la cama -dijo la vieja con un suspiro que olió a leño quemado, a sopa de arroz.

-Sígame -dijo la muchacha, estregándose los párpados enrojecidos con el dorso de las manos. Y por primera vez lo miró: sus ojos eran negros, sombras iguales a las que flotaban rodeándolos, niebla de humo de cigarro, un camino en la bruma por donde ella lo invitaba a seguir. Avanzó detrás y la portezuela se cerró sola, a sus espaldas. El silencio se hizo casi físico, igual que una insondable cortina. La calle entera, Bogotá entera, el mundo entero desapareció.

Era de verdad una casa antigua -de un solo piso rectangular con altas puertas a lado y lado-, húmeda, honda, un sarcófago inmenso. Sus ojos se esforzaron por distinguir entre las sombras; vio que la muchacha disminuía la marcha, que no parecía avanzar.

-Tenga cuidado -oyó que le dijo con un susurro, volviéndose a él-. Aquí falta un ladrillo, aquí me caí un día por ir rápido. Si usted quiere tómeme de la mano, y ninguno de los dos se caerá.

Sorprendido de ella, de su olor a almohada caliente -tenía que haberse encontrado durmiendo-, y todavía más sorprendido de él, de su obediencia, permitió que lo aferrara de la mano, como a un ciego. Notó que la mano de la muchacha era cálida, como ella; un cálido bostezo hecho cuerpo, pero etéreo, inmiscuido

en el aire, que lo embargaba. Sintió que ambos chocaban levemente contra la pared.

-Debo seguir dormida -dijo la muchacha, siempre a susurros-. Cuando usted llegó por la cama yo estaba durmiendo. Nunca duermo a esta hora; día a día estoy con la abuela, a su lado, esperando a que alguien compre la cama, pero hoy amanecí dormida; los ojos se me cerraban solos, dije: "Quiero irme a dormir", y la abuela: "¿Cómo?", y yo dije que ya no podía seguir despierta, y ella me dijo: "Ve a dormir, para eso eres joven y tienes todo el tiempo del mundo", y yo me fui. Me dio pena dejar sola a la abuela, pero la dejé. Sola. Vendiendo la cama, mientras yo dormía.

Se habían detenido después de un largo trecho de sombras, sin percatarse. Era como si descansaran de un viaje, un largo y penoso viaje a través de la casa.

-Ya estamos cerca del patio -dijo ella reanudando el camino, tirándolo de la mano-. Allá la luz sí entra, y podremos mirarnos, podremos soltarnos de las manos. Cuidado, no nos pisemos los pies.

Y era que, debido a un bache -cualquier agujero en las sombras-, él se había tropezado y casi recostado sobre ella, abrazándola sin proponérselo, por un segundo infinito. Creyó oler el calor de su pelo; hubiera querido dormirse ahí, con ella, ambos de pie. Pero se sacudió por dentro, se separó de inmediato, se despertó. Pensó de pronto que caía en una trampa: estaba en una casa desconocida, y en Bogotá; cualquier cosa podía ocurrir, en cualquier momento. Aparecerían los ladrones, de un instante a otro; y no solamente lo robarían; era posible que lo golpearan, o lo desaparecieran para siempre en esa casa sin luz.

-Creo que voy a regresar -dijo con sufrimiento, fingiendo reír-. No me queda tiempo. Tengo que trabajar.

-Pronto llegaremos. Venga. -La voz era un murmullo ignoto.

-Tengo que devolverme. Otro día regresaré.

-Venga. Ya estamos cerca.

-No.

-Que venga. -Ella lo tiraba de la mano, ligeramente, pero con firmeza-. La abuela me regañará si sabe que no le he mostrado la cama.

-No -dijo él-. Hoy no. -Pero se dejaba arrastrar por la mano, por el calor de la mano que lo aferraba-. ¿Y estas habitaciones? -preguntó entonces-, ¿están todas desocupadas?

Pretendía que ella desconociera su temor, su incertidumbre. Se avergonzaba de arrepentirse demasiado tarde, cuando ya prácticamente nadaban en las brumas más espesas de la casa.

-No -dijo ella sin detenerse-. Todas las habitaciones están ocupadas. Y todos están dentro de ellas.

-¿Todos? -preguntó él-. Yo no escucho nada.

-Están durmiendo, señor.

-¿Duermen a esta hora?

-Duermen siempre. A veces hablan dormidos y parece que estuvieran despiertos, pero están dormidos, sueñan. Preguntan por cosas que nadie entiende. Por lo menos yo no los entiendo.

Caminaban tan lentos mientras hablaban que fue como si se quedaran quietos. El temor volvió a apabullarlo; hizo un gran esfuerzo y se quedó inmóvil; se desprendió de la mano cálida y ella se volvió a él, como si él se hubiese regresado corriendo y ella intentara atraparlo abrazándolo; pero él estaba rígido, la espalda



Ethel Gilmour. *Cama con cosas*. Óleo sobre tela. 190 x 140 cm. 1983. Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

contra la pared; de modo que ella, al volverse, chocó con él, y ambos quedaron cara a cara, rozándose. De nuevo un sopor intenso lo poseyó, resquebrajó sus fuerzas, lo hirió de un deseo incipiente, el deseo de abrazarse a ella y cerrar los ojos para la eternidad. No era una muchacha, era una niña, recordó. No podía tener más de quince años. Alta y delgada, su cuerpo una especie de llama abarcándolo. Se avergonzó del miedo, otra vez. Pero eran tantas las noticias de los periódicos, tantas las muertes extrañas, los desaparecimientos... Sonrió a la fuerza. Que ella no adivinara su desaliento. Eso no lo hubiese querido jamás. Tosió. Recompuso la voz, permitió que ella recuperara su mano.

-¿Nunca salen de las habitaciones? -preguntó.

-Solo cuando sienten hambre: se van a buscar su almuerzo, después regresan y vuelven a encerrarse.

En vano procuraba oír detrás de las puertas; no oía nada en absoluto. Se recompuso: la paz, la pasmosa tranquilidad que la voz de la muchacha ofrecía pareció acabar de convencerlo. Siguió avanzando detrás, unido a la mano cálida, sumiso.

-¿Y qué hacen ellos? -preguntó.

-Nada.

-¿Nada?

-Nada.

Ahora fue él quien tiró de la mano de ella, para obligarla a avanzar menos rápido. No quería caer en las sombras. Si tropezaba se hundiría en los abismos. Ella estaba prácticamente quieta, a su lado. Él buscó una pregunta, cualquier pregunta que lo ayudara a pensar, que le diera el tiempo justo para reflexionar y adoptar una resolución definitiva:

-¿Cómo me dijo que se llamaba?

-¿No oyó a mi abuela? -la voz de la muchacha pareció estremecerse, perpleja-. ¿Cómo me gritó esta vez? Dijo que Aurora, ¿cierto? Bueno, entonces debo llamarme Aurora. A veces me dice Miriam, o Rosaura. A veces me dice María... Nunca se acuerda de mi nombre. Debe ser por lo vieja, pobre abuela. Cansa mucho vender una cama. Es difícil.

Desembocaron por fin en un patio mojado, repleto de helechos. Los anchos tejados de la casa convergían casi tocándose, de manera que la luz entraba delgada y sin fuerza, y una atmósfera invernal se cernía sobre las cosas, trasparentizándolas, tiñéndolas de azul, un azul pálido, igual que el azul del vestido de la muchacha. No era luz, exactamente; era menos que media luz, un precipicio de noches iluminadas.

-Al fin -dijo la muchacha deteniéndose ante el patio-. Ya casi llegamos. -Sus ojos registraban

cada rincón del patio, como si recordaran algo, como si recordaran otro patio, pero él pensó que buscaban a alguien, y se alarmó. Nadie había, sin embargo, en el patio. Únicamente los helechos por todas partes. El cielo se veía más lejos que nunca, sin nubes, y el silencio era húmedo, frío, idéntico al patio; había una fuente de piedra, en la mitad, con agua hasta el borde. Ella caminó hasta la fuente y asomó su cara; solo entonces él comprendió que se habían desprendido de las manos. Notó que la muchacha llevaba unos zapatos demasiado grandes, viejos y gastados, y que no usaba medias; se acercó a ella y la miró de perfil; comprobó, con asombro, que tenía los labios pintados, mal pintados de rojo; era, mejor, una tenue mancha rosada alrededor de los labios, como si después de pintarse se hubiese repasado un paño por encima, o, mejor aún (y lo pensó estremecido), como si la hubiesen acabado de besar.

-Mire -dijo ella, indicando un sitio con la mano; sus pálidos dedos temblaban-, ¿sí ve ese rincón vacío?

Su voz, otra vez, parecía repleta de sueño, un bostezo nostálgico devolviéndola en el tiempo. También él sintió que se acrecentaba su sueño; volvió a caer en un sueño peor, más espeso, el sueño eterno del mediodía.

-Sí -dijo-. Lo veo.

-Ahí estaban las jaulas, y en las jaulas los pájaros, y los pájaros cantaban.

Los ojos de la muchacha lo escudriñaron, negros como las sombras que se agolpaban en las paredes, que parecían brotar como humo desde la fuente de agua, bañándolo de calor, sumergiéndolo en un profundo deseo.

-Los pájaros -dijo ella- hablaban conmigo. Pero la abuela vendió los pájaros y las jaulas. Nadie canta ahora en esta casa. Yo tampoco. A mí se me ha olvidado. También vendió los

armarios, y las mesas, y mi muñeca de hace tiempos, y una virgen de porcelana que le costó cinco mil pesos. La vendió en quinientos, ¿puede creerlo? Vendió sus abrigos, y las ollas, las violetas de plástico que yo compré un domingo, el gato, vendió el gato, y ahora está vendiendo la cama. Yo me pregunto qué venderemos cuando la cama se venda.

Él no supo qué pensar. Ahora, después de escucharla, le era imposible pensar. No entendía nada con certeza. No lograba intuir. Solo sabía que un calor tenue, pero extraordinario, se desprendía de ella y de todo; podía jurar que si hundía la mano en la fuente encontraría el agua caliente; que el agua debía hervir como antes la mano de ella, encadenándolo. Comprobó, ya sin asombro, que ambos bostezaban al tiempo, y que durante todo el bostezo siguieron mirándose a los ojos. Ambos tenían los ojos enrojecidos, llorosos.

–Pero esta casa –dijo él–, esta casa es grande, y es linda. Debe costar mucho. ¿Es de su abuela?

–¿La casa? –se rió la muchacha con estruendo, un estruendo breve, y se cubrió la risa con las manos, y él se sintió contagiado y rió con ella. Se contemplaban atónitos, pero dejaron el patio y siguieron avanzando por el pasillo en penumbra. Y cuando por fin hubo apagado su risa la muchacha siguió hablando velozmente, a murmullos–: ¿Cómo se le ocurre? Esta casa es de nadie. Un día hace mucho íbamos pidiendo ayuda y mi abuela supo que había una casa sin dueño. Yo era muy niña. Dormíamos en la catedral. Cuando llegamos a la esquina había mucha gente corriendo. Los seguimos, llegamos y nos metimos dentro del último cuarto; los demás ya estaban ocupados. Mi abuela se puso feliz; se recompuso; entonces empezó a vender cirios y escapularios; eran rosarios y biblias que nos fiaban en la iglesia; los vendía más caros y la gente le hacía encargos: pedían sahumeros o crucifijos o estampas de la virgen; le iba bien a mi abuela, compraba cosas y hasta me hizo una

fiesta de cumpleaños: pagó una torta gigante y mató dos gallinas y los invitó a todos; pero desde ese cumpleaños la abuela se cansó de sus días, así me lo dice: me cansé de mis días, y dejó de salir en busca de más cirios y escapularios. Lo primero que vendió fueron los pájaros; yo hubiera preferido que los pájaros escaparan, pero los vendió con todo y jaulas, pobres pájaros, deben seguir enjaulados. Después vendió nuestros zapatos, y sus sortijas y collares, y solo nos queda la cama. Esta cama.

Se había detenido frente a una puerta entornada, la última puerta del corredor, no lejos del patio. La muchacha empujó la puerta y le dijo que entrara. Así se lo dijo: “Ahora entre y conozca la cama”, y él entró, seguido por ella. Escuchó que cerró la puerta, que corrió la aldaba. Un cirio encendido junto a la cama los alumbró de amarillo. La cama era ancha, y todavía parecía caliente; tenía las cobijas destendidas, la almohada con el hueco de un rostro invisible en su centro. Ella fue hasta la cabecera y rozó con la punta de sus dedos un extremo de la almohada. Parecía otra: una mujer al pie de una cama. Regresó con él, detenido aún en la puerta.

–¿No me cree? –preguntó. Su voz hervía.

Él pensó que creía en ella, palabra por palabra. Sintió que la muchacha volvía a tomarlo de la mano, que lo conducía, que avanzaba delante de él como una sombra antigua, la sombra de una mujer de hace mil años. Pero ya no pudo mirarla a los ojos cuando ella le dijo el precio de la cama.

Evelio José Rosero es escritor y periodista. En 2006 recibió el Premio Tusquets de Novela por *Los ejércitos*, obra que en 2009 fue premiada con el Foreign Fiction Prize otorgado por *The Independent*. Ha sido ganador de más de una docena de premios y reconocimientos nacionales e internacionales. “Se vende cama” hace parte de su libro *Cuentos completos 1978–1998* (Barcelona, Tusquets, 2019).

Una rata

Juan Carlos Orrego Arismendi

Un día ya borroso del siglo pasado, mi hermano y yo tuvimos una epifanía lingüística a propósito de uno de los eventos más cotidianos y traumáticos entre los que suelen ocurrir en nuestra vida citadina: la presencia de una rata en casa. Estábamos frente al televisor, concentrados en la noticia de un desmoronamiento de tierras en uno de los barrios que hacen equilibrio sobre las laderas del Aburrá, de modo que pudimos escuchar plenamente la declaración de un mocetón de unos diecisiete años que se reconocía como damnificado: “Sí, yo había escuchado unos ruiditos cuando me acosté, pero creí que era la rata”. Nos pareció simpático que dijera *la* y no *una* rata, pero entendimos perfectamente a qué se refería: él, con solo elegir el artículo definido, revelaba que un roedor había estado rondando la vivienda días antes de la tragedia, de modo que sus moradores ya habían podido avistarlo o, por lo menos, tenían alguna evidencia de sus merodeos. Solo en ese momento tuvimos conciencia de que, incontables veces, habíamos usado el mismo código para referirnos a las insidiosas visitantes de nuestra casa.

La presencia de una rata en mi casa de Manrique Central, en septiembre de 2014, puso en evidencia la delgada línea —aun así, muy definida— que separa los hechos de avistar *una* rata y ver *la* rata. Ocurrió una noche en que varias circunstancias se confabularon para conferirle al episodio toda la redondez literaria necesaria para que ahora pueda volcarlo en letras de molde. Después de las nueve, cuando mi esposa y yo insistíamos estoicamente en adelantar trabajo con los ojos velados por la fatiga —nuestros hijos, mientras tanto, leían con toda frescura los libros que acababan de traer

de la Fiesta del Libro—, nos llamó la atención un agitado ir y venir, aderezado con voces alarmadas, que fue cuajando poco a poco en la terraza que se levanta sobre nuestro solar. Fui a la trastienda de la casa y descubrí en la terraza a dos policías con linternas. Uno de ellos, al verme, me preguntó:

—¿No sintió nada raro, como si hubiera caído algo?

Le dije que no, e inmediatamente el otro adelantó la explicación cuya correspondiente pregunta ya se fraguaba en la punta de mi lengua:

—Hay tres tipos escondidos por ahí.

Había, pues, ratas en el barrio, si bien en el solar parecía reinar una paz magníficamente representada por la solitaria tumba de nuestro conejo, muerto durante la sequía de julio.

El deseo apremiante de meternos en la cama hizo que volviéramos sobre nuestras tareas y tratáramos de olvidar el operativo policial. Pero nuestra liturgia libresca se hizo quimérica cuando, de repente, estalló una algarabía poco menos que taurina al frente de la casa. Corrimos hasta la puerta principal y vimos lo que había: medio vecindario estaba asomado sobre la carrera 47 y atisbaba lo que sucedía en un edificio en construcción sembrado a cinco casas de la nuestra, avanzando hacia el templo gótico de los Carmelitas. Al pie del esqueleto arquitectónico, entre montañas de arena de pega y cascajo fino, media docena de policías intentaban someter a un jayán descamisado, grueso como Hércules y coronado con una maraña de pelo teñido parecida a la que por esos días remataba



Ethel Gilmour. *Cuidando una flor desde que era semilla*
(Serie 30 cartas a Dios). Mixta. 40 x 33 cm. 1989. Colección privada

la cabeza de Dani Alves. El reo se resistía con ferocidad, pero acabó sucumbiendo entre la montonera de los uniformados, ágiles y forzudos como hormigas. En un santiamén ya estaba el gigante puesto a buen recaudo en un sedán policial cuyas luces azules y rojas alumbraban la noche con una modestia que, en todo caso, hacía pensar más en sigilo que en timidez.

Una vez que *Alves* fue tragado por el vehículo, los corrillos de vecinos se entregaron a un frenético intercambio de datos e interpretaciones. Cuando la versión que fluía desde la construcción alcanzó nuestra puerta, supimos que tres hombres se habían colado en la obra con el objeto de robar las herramientas —tendrían en mente contactar al maestro al día siguiente para acordar algún pago por el rescate de los fierros—, pero la llegada de la policía los había obligado a una desbandada loca. Dos de los cacos se habían evaporado como agua en sartén, pero el tercero, acaso menos experimentado en el arte de la fuga, había discurrido el

oso plan de saltar a un patio vecino y esconderse tras la primera puerta que encontrara, la cual, correspondiente a un claustrofóbico baño, resultó ser un perfecto anticipo del destino carcelario que lo esperaba. Como nadie sabía dónde podían estar los compinches del frustrado Houdini, pedimos a dos policías que revisaran nuestro solar. Uno de ellos, grueso y con voz de mando, ordenó a su acompañante, joven y flaco, que fuera el avanzada del allanamiento. El subordinado sacó su arma de dotación y le quitó el seguro, y siguió tras de Nancy, mi esposa, quien, más valiente que todos, se había adelantado para correr el cerrojo de la puerta trasera. Al cabo de la requisitoria quedó claro que, en efecto, nada había allí que pudiera turbar el sueño eterno del conejo.

—Pueden irse a dormir tranquilos —dijo el gordo con acento imperativo.

Todavía estuvimos un rato yendo y viniendo entre la biblioteca y la puerta principal, desde donde pudimos verificar la lenta disolución de los grupos de vecinos, quienes acabaron convenciéndose de que los otros ladrones habían escapado irremediabilmente. En casa fui el último en irme a la cama, pues mi carácter obsesivo me obligó a sentarme todavía un rato más frente al computador, con la idea de recuperar el tiempo perdido en el chismorre callejero. Pasada la media noche, justo antes de acostarme, fui hasta la ventana de la sala y me asomé una vez más a la calle. Vi que dos policías conversaban con dos vecinas de enfrente, todos con pocillos en la mano; un tercer oficial, apostado diez pasos más allá, miraba hacia la construcción. Cuando ya ponía la cabeza sobre la almohada alcancé a pensar, entre las brumas del cansancio, que el fin de semana iría a casa de mi madre para traerme uno de los pocos libros que mi padre había dejado, como legado literario, al morir: *Los rateros*, de William Faulkner.

En algún momento, algo me sacó del sueño: un movimiento inquieto contra mi espalda, so-

bre el borde occidental de la cama. Por instinto sabía que Nancy dormía en el otro hemisferio, y me bastó levantar la cabeza para comprobar que Juan Manuel, mi hijo menor, no había acudido a quejarse —como solía— por algún dolor. Había, pues, un intruso en la cama. Me incorporé con violencia al mismo tiempo que manoteaba aquello, y todavía tuve que repetir el golpe al sentir que la cosa seguía ahí. Mi esposa encendió la luz, y pocos segundos después, con espanto y asco inimaginables, vimos que una rata enorme saltó de detrás de mi nochero y salió a todo correr, adosada a la pared, y con pavor comprobamos que doblaba hacia la habitación de Laura —nuestra primogénita— por la puerta interior. Como todos los de su especie, se trataba de un bicho oscuro y húmedo, hinchado de hambre y enfermedad. Sin duda se había colado mientras la puerta de calle estuvo abierta, los cinco minutos que duró la visita de los policías, aunque no podía descartarse que el ir y venir de rateros y oficiales por terrazas y techos lo hubieran arrancado de su madriguera y que, tras colarse en casa por el solar, hubiera buscado entre mis cobijas el calor perdido.

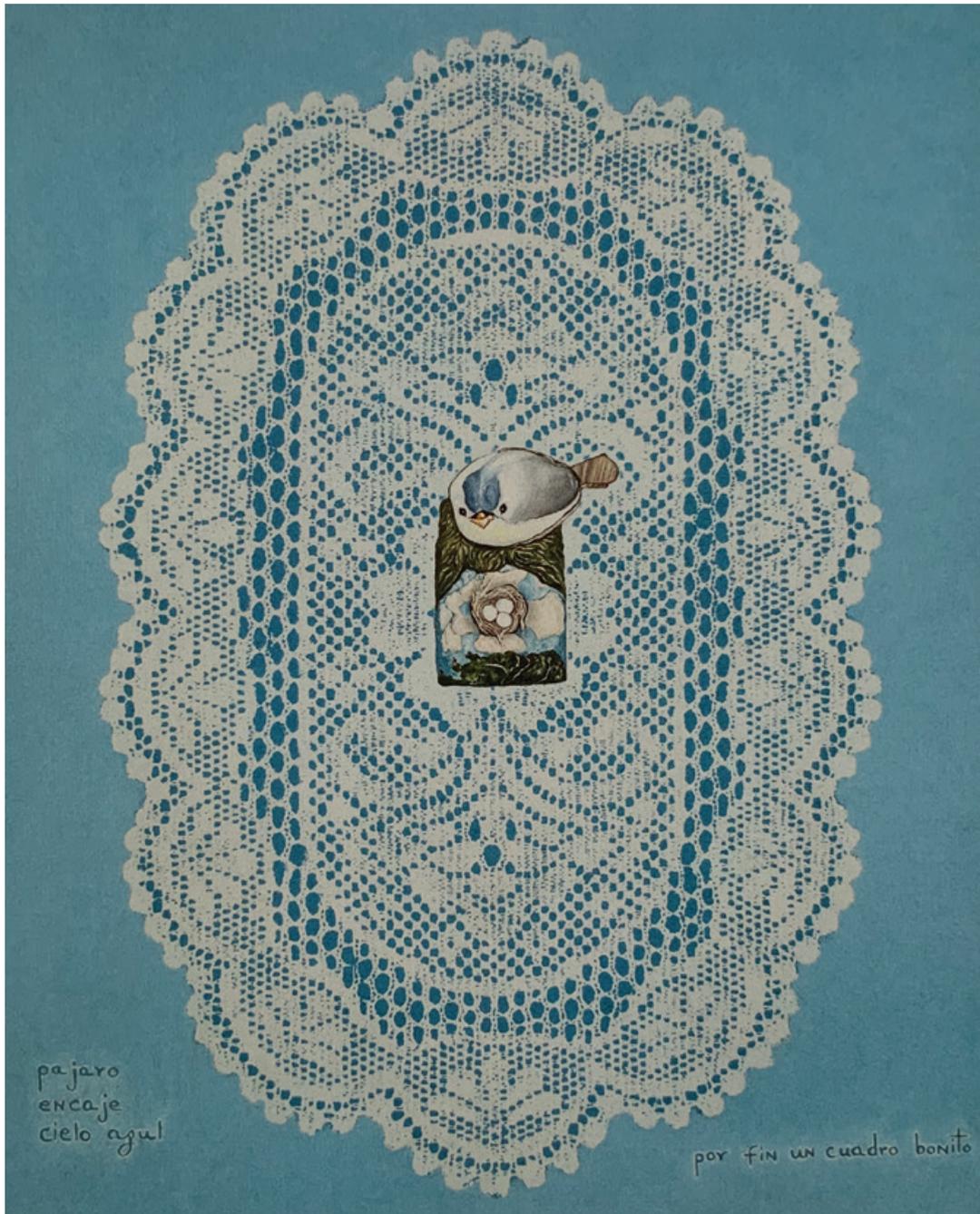
Entré al cuarto de Laura ahogado por el miedo y la repulsión que suelen suscitarnos las ratas en casa, sentimientos a los que, cuando se es padre, indefectiblemente se suma la rabia. Sacudí todos los muebles como un poseo, hasta que comprobé, por un chasquido de bolsa apretada que alcanzó a filtrarse entre el barullo que yo armaba, que el animal se había ocultado en el compartimento bajo del clóset, abierto esa noche por obra del diablo. Entonces me acomodé de rodillas sobre la cama de Laura, quien dormía como una bendita, ajena a la ruidosa requisitoria que practiqué en el clóset con una vieja escoba que me alcanzó Nancy. Con sobresalto fui corriendo y sacando todos los chécheres que mi hija había acumulado allí, año tras año, en un paciente trabajo de pájaro tejedor, y tanto deseaba como temía que el invasor apareciera. Al final, cuando yo creía que se había escabullido con la mis-

ma magia usada por los ladrones de la construcción, su cuerpo mugroso asomó bajo un bolsito de *Strawberry Shortcake*. Dio dos o tres vueltas locas por los bajos del clóset, mientras recibía o esquivaba los palazos, y al final salió del encierro con la idea de guarecerse en otro lado. Entonces fue cuando no cruzó la delgada línea que le hubiera permitido convertirse en *la rata*, y, para su perdición, se empeñó en seguir siendo *una* rata, sin más.

Si la intrusa, al salir del clóset, hubiera doblado a la izquierda para ganar el corredor central de la casa, el seguro escape le habría permitido volver otro día, si no varios, de modo que nosotros, impotentes, hubiéramos entrevisto su rauda sombra y escuchado su tétrico roer en horas perdidas de varias noches, sin otro recurso que compartir nuestra prevención frente a *la rata*, que estaría de visita una vez más. Pero ella eligió regresar a nuestro cuarto y atravesarlo para ganar el de Juan Manuel, cuya puerta, previsoramente entornada por Nancy, la enfrentó a una nueva encerrona. La refriega apenas duró un par de segundos: el roedor volvía sobre su espalda al comprobar la restricción del paso cuando yo, hecho un energúmeno, llegué con la escoba para golpearlo fatalmente sobre el lomo. Con el primer impacto bastó, pero me cercioré de asestarle otros dos para asegurar la faena. El animal quedó tendido sobre la baldosa, sin señal alguna de violencia en su cuerpo peludo. Solo entonces despertó Laura, y su madre la impuso del suceso con deliciosa exactitud:

—Tu papá mató *una* rata.

Eran las dos y cuarto de la madrugada cuando salí a la calle para botar el cadáver, amortajado con una bolsa, seguro de que los barrenderos municipales harían su parte en la mañana. Al volverme hacia la puerta observé que uno de los celadores de la construcción fumaba con evidente despreocupación, recostado contra el umbral de la obra. También allí había acabado



Ethel Gilmour. *Por fin un cuadro bonito* (Serie No ficción). Óleo sobre tela. 50 x 40 cm. 1995. Colección MAMM

toda la agitación. Mientras corría la llave en la cerradura alcancé a pensar que, por si acaso, en mi biblioteca dormía su paciente sueño un libro de Günter Grass, *La ratesa* (no *Una ratesa*). Llevaba viéndolo muchos años en el estante, y muy probablemente le había llegado el momento de ser leído. A fin de cuentas, la casa

de mi madre —donde se ocultaban *Los rateros*— estaba al otro lado de la ancha ciudad.

Juan Carlos Orrego Arismendi es escritor, antropólogo y profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia.

La puerta de mi cabaña

Óscar Castro García

El inicio de la cuarentena me agarró en mi cabaña, a 2.750 metros sobre el nivel mar y a 24 kilómetros de mi apartamento. Desde el jueves estaba allí. No obstante, lo que iba a ser un simulacro de cuarentena por el fin de semana decretado por el alcalde, se convirtió en cuarentena hasta el 13 de abril por orden del gobernador. Necesitaba regresar a la ciudad porque no tenía suficiente medicina para esos quince días. Cuando subí el jueves no habían decretado la cuarentena larga, entonces decidí quedarme el fin de semana y regresar el martes para pasar en la ciudad el resto de la nueva cuarentena.

Contra la costumbre, el sábado me levanté temprano. Había llovido toda la noche, hacía mucho frío y un manto de neblina cubría la cabaña y los alrededores. Apenas se veían los árboles cercanos y todo en silencio daba un aspecto lúgubre y hasta tenebroso al paisaje, porque la soledad, el frío, la quietud y la neblina intensificaban mis temores.

Me senté en el corredor a contemplar cómo la blancura de la niebla se intensificaba y cada vez ocultaba más el paisaje hasta verse solo mi imagen reflejada en la vidriera que separa el corredor del jardín exterior de la cabaña. Eran las seis y media y aún no había encendido la cafetera ni había comido la fruta de rigor. Estaba en una plácida contemplación del fenómeno que hacía casi un año no se veía allí porque poco había vuelto a subir a mi terreno.

Nunca he podido saber cuál es el momento más emocionante, si cuando todo queda cubierto por esa blancura impenetrable, o cuando en un abrir y cerrar de ojos desaparece el

manto blanco y todo se descubre con una nitidez asombrosa. Sentado ante la blancura total, lo que esperaba era ese develamiento, siempre a la expectativa de lo que nunca ocurre: una sorpresa, algo diferente de los árboles y flores del terreno, algo inesperado que rompa la rutina de la soledad de ese sitio.

Esa mañana estaba aterrado por la amenaza de propagación del covid-19 o coronavirus, la cual imaginaba a la manera como la neblina, lenta e inexorable, va cubriendo el campo y la montaña, en silencio, a una velocidad a veces rápida, a veces lenta; y que por momentos desaparece sin ruido y en forma súbita. De la misma manera contemplaba y relacionaba la neblina con la expansión del virus en la ciudad, en el país, en el continente, en la Tierra. Casi un tercio de la población del planeta estaba como yo, contemplando el lento, preciso e imparable avance del virus, de la neblina, de una enfermedad que puede llevarme a la muerte por padecer problemas respiratorios y estar recién recuperado de una intensa y extensa radioterapia.

De pronto empezó a desaparecer la neblina. Un viento que soplaba desde el oriente fue empujando la densa capa lechosa hacia el occidente, y con ella se me fue intensificando el temor, como si al irse ella, yo quedara impregnado de su esencia. Cuando la neblina se disipa, acostumbro entrarme despreocupado y también apesadumbrado. Pero era una mañana diferente, en la que todos los habitantes de la ciudad y del campo estábamos encerrados en nuestras viviendas, quizá prolongando el sueño, luchando contra un despertar sin porvenir inmediato, sin acción, sin plan, sin liber-



Ethel Gilmour. *Mi casa*. Óleo sobre tela. 90 x 80 cm. 1975. Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

tad. El amanecer de un domingo en el que debí quedarme en la cama hasta el mediodía, pero que, tal vez influido por la situación, madrugué contra toda costumbre.

Al correrse la cortina blanca ahí estaba estacionado un vehículo similar al mío, pero de color blanco y de un modelo mucho más viejo. Estaba al frente de mi terreno, en la carretera que veinticinco metros adelante termina en

una calle ciega, la cual se desprende de la vía terciaria y solo da acceso a las pocas casas de este sector de la vereda. Era algo extraño. Al momento recordé que, al lado opuesto de mi cabaña, adentrándose por el bosque de pinos candelabro y después de recorrer unos quinientos metros hay una laguna y unas cuevas, en lo que antaño fue una mina de caliza. El bosque tupido es albergue de zarigüeyas, conejos, puercoespines y otros mamíferos

menores, así como de guacharacas, búhos, gavilanes, caravanas y otras aves, y finalmente de serpientes, lagartijas y ranas por montones. Así que de día y de noche se escuchan sus cantos, sus gritos, sus voces y sus movimientos.

Este lugar tiene muchas leyendas e historias, así como mitos de los pobladores de la región, campesinos cultivadores de hortalizas, papas, zanahorias y flores, entre otros. No le conozco nombre especial a este lugar, adonde los domingos suben especialmente jóvenes a pasear, bañarse en la laguna y explorar el monte. El agua es helada y allí una vez se ahogó un muchacho y otro murió de hipotermia o infarto, nunca se aclaró. Otro día, los gallinazos dieron aviso de un cadáver, mas nunca se supo si era de otro ahogado o de un asesinado. Todos los días veo a mi vecino internarse en el bosque con sus cuatro perros y regresar a la hora. Otros campesinos a veces van por leña o hasta sacan algún conejo. Pero desde hace semanas nadie ha vuelto ni a pasear ni a sacar leña o a cazar, porque el frío del tiempo de sequía es más intenso que el de las lluvias.

Todo lo anterior me llevó a concluir que no era normal un carro estacionado allí al amanecer, en un lugar sin tráfico, despoblado y en una carretera ciega. Llamé a mi vecino y ambos salimos a ver si era un carro abandonado o había alguien adentro. Estaba cerrado y sus placas eran de una ciudad del norte del país; su aspecto infundía desconfianza por ser un campero de modelo viejo, mal tratado y sucio, con las llantas muy desgastadas. Parecía a la espera de su dueño o conductor, quien con seguridad estaba dentro del bosque y quizás observándonos desde la espesura...

Pero, ¿qué podría estar haciendo a esa hora, con tanto frío, tan distante de su ciudad, en un bosque tan espeso y en plena cuarentena? Porque por ahí no hay paso hacia ningún sitio, ni menos casas, negocios o lugares de trabajo. Al comprobar que nadie estaba por ahí



Ethel Gilmour. *Ya no más*. Óleo sobre madera. 51 cm. 1984. Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

decidimos entrarnos a nuestras casas y llamar a la policía, para avisarles de la situación sospechosa y anormal de ese carro en tan insólito lugar y a tan infrecuente hora, sobre todo porque si estábamos todos en cuarentena, nadie podría estar acá.

Entré en mi casa, llamé a la policía, me dijeron que pronto vendrían y volví a salir al corredor a mirar qué seguía sucediendo. En efecto, dos hombres salieron del bosque, uno con chaqueta azul y pantalones blancos, y otro con una americana café y pantalones negros. Al instante, abrieron el campero, se subieron a él y arrancaron con una rapidez inesperada, pues el carro estaba estacionado con su parte delantera hacia la salida a la carretera principal, lo que significaba que al llegar tuvieron la precaución de dejar el carro listo para salir del lugar sin el contratiempo de reversar en el extremo ciego de la carretera. Este detalle indicaba, para mí, que no habían llegado allí en forma casual o desprevenida, sino que sabían con exactitud cómo era la situación. Es decir, conocían de antemano el lugar, lo habían estudiado y tenían planeado lo que fueron a hacer allí.



Ethel Gilmour. *La señora en la cocina*. Óleo sobre madera. 51 cm. 1984. Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

do de la ciudad, lleno de leyendas, misterios y bastante tenebroso. ¿Qué pudo ocurrir allí en realidad...?

Terminé por despreocuparme del asunto, me metí de nuevo en la cabaña a preparar mi desayuno, luego seguí leyendo mi *Quijote* y al rato me fui a ver televisión. Estaban pasando una película de terror en un bosque lejano de la civilización, oscuro como una selva por lo espeso, aunque la acción ocurría en la mañana. Era una película bastante artificial y monótona, pero de todas formas creaba temor porque los efectos ayudaban más que las acciones: primerísimos planos, lentitud de movimientos, repetición o congelamiento de acciones inquietantes, música tétrica, neblina, oscuridad, humo, destellos, truenos, voces susurrantes... En esas escuché una especie de grito que parecía llegar de afuera de la casa y no del aparato. Bajé el volumen del televisor y agucé los oídos. Nada. Me quedé un rato viendo la película sin sonido y volví a escuchar algo parecido a un gemido, pero me di cuenta al instante de que los gemidos provenían del televisor, pues no lo había silenciado por completo. De nuevo oí un grito que provenía de afuera, bajé el volumen y solo el silencio interrumpido de pronto por el silbido del viento que azotaba árboles y se filtraba por entre las hojas y los intersticios de puertas y ventanas, y que creaba un sonido como de murmullos o voces, unidas al roce de las ramas de los árboles y al vaivén de las maderas colgantes del corredor. A esto se unió al momento el canto de los carriquíes que suelen visitar mi cabaña para comer los plátanos que les dejo en el cebadero de afuera, y cuyas voces son características de la región por la variedad de sonidos que emiten, a veces guturales o carrasposos, o agudos y nítidos, o la combinación de graznidos con silbidos y cantos. Al momento se empezaron a escuchar las gotas de lluvia sobre el tejado y las latas que cubren la troja. Era seguro que se precipitaría una tempestad como abundan en marzo y abril en esta montaña, donde vivo hace veinte años.

Una vez partieron, me acerqué con cautela hasta el cerco de mi terreno y estuve atento por si alguna voz o ruido salía del bosque, pero al no escuchar nada, no me atreví a cruzar la carretera y preferí regresar a la cabaña, muy preocupado porque creí que los dos tipos me habían visto observándolos o inclusive desde antes, merodeando su vehículo y tomándole fotos. Media hora después llegaron dos policías en una moto, a quienes dije lo mismo que había comunicado por el celular a la central, les mostré las fotos del carro y ellos se fueron sin agregar nada nuevo. Casi que nada había sucedido, no le dieron importancia al asunto, apenas tomaron el número de la placa y nada más.

Lo que no me cuadraba en la cabeza era un carro de placas foráneas, dos hombres adultos vestidos de paisanos en un lugar poco frecuentado, una hora impropia, un clima de hielo y un día de confinamiento obligatorio. Estas circunstancias me llevaron a concluir que allí había ocurrido un asesinato, el abandono de un cadáver o una violación, en todo caso alguna acción anormal, en un sitio oculto y aleja-

No resistí. Abandoné la película y volví al acecho. Con cautela me asomé por entre las persianas de la ventana de la sala, pues creí escuchar de nuevo una voz o un grito que provenía de afuera. Al asomarme, el aguacero caía acompañado de una bruma, y cerca unos relámpagos y rayos iluminaban la oscuridad que empezaba a cerrarse sobre la montaña. Entonces, desconecté todos los aparatos eléctricos y electrónicos, incluido el teléfono fijo. Luego me senté en el sofá con verdadero susto, imaginando algún drama que venía desarrollándose desde temprano al frente de mi cabaña. Ya era inútil llamar de nuevo a la policía.

Salí al corredor con miedo y prevención. Pero ahí mismo pensé que de qué tenía miedo, pues si alguien estaba allá afuera llamando, con seguridad estaba indefenso y necesitaba ayuda, por lo que era imposible que me agrediera. Sin embargo, no se veía nada extraño ni nadie en el lugar. ¿Qué era, quién había gritado, dónde estaba...? Al momento, desapareció la bruma y pude observar con cuidado tras el seto de pinos a una persona allí parada mirando hacia el bosque, o sea, de espaldas a mi cabaña. Parecía joven, vestido solo con los calzoncillos, se tomaba la cabeza con las manos y se agachaba, hacía señas, tenía ensangrentadas la mano derecha y la espalda, se encucillaba y se levantaba, gritaba... Parecía que cerca estaba alguien más, por lo que aún no me atreví a dejarme sentir hasta no cerciorarme de lo que estaba sucediendo en realidad.

Tampoco era posible saber si era un agredido o un agresor, si se trataba de una riña o de un ataque, si estaba relacionado con los tipos del carro o con otro caso... Entonces me oculté antes de que se volteara y volví con sigilo a la cabaña. Mirando tras los visillos de la persiana se me ocurrió llamar a mi vecino, pero se había cortado la línea telefónica y el celular tampoco funcionaba, tal vez porque el vendaval había afectado las líneas. Volví a asomarme por la persiana y nadie estaba allí. Sentí escalofrío al



Ethel Gilmour. *La señora en el jardín*. Óleo sobre madera. 51 cm. 1984. Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

creer que el hombre habría saltado la cerca y penetrado en mi terreno, y tal vez ya andaba cerca de la casa...

No encontraba calma ni entendía el motivo por el cual yo sentía tanto susto de un supuesto agredido que buscaba ayuda o llamaba a alguien... Cansado, me senté en el sofá a seguir imaginando la situación, y a cavilar más que a pensar: quizás él era el hombre con otro o su novia trasladados por los dos tipos a ese lugar para ejecutarlos, como acostumbran hacer las mafias y los delincuentes. También supuse sucesos peores, como que dejaron allí a estas dos personas atadas y heridas para que se desangraran y murieran en medio del frío; o los habrían tirado a la laguna y ellos lograron salir... Al suponer estas explicaciones sentí escalofrío y verdadero pavor, pues estaba solo en la cabaña e incomunicado.

En estas divagaciones estaba cuando sentí que tocaban con insistencia la puerta de mi cabaña.

Óscar Castro García es escritor y docente jubilado de la Universidad de Antioquia.

Besos para Nubia

Olga María Echavarría Ruiz

*Si para todo hay término y hay tasa
y última vez y nunca más y olvido
¿quién nos dirá de quién, en esta casa,
sin saberlo, nos hemos despedido?*

Jorge Luis Borges

30

Mi casa era un hostel de arrieros. El abuelo Manuel José, cansado de su oficio de peón, decidió un buen día acomodar esteras en el patio y cubrirlo todo con un techo de caña brava y vigas de guadua. Ese fue el modesto comienzo del “Hostal del camino”.

La casita había sido construida años atrás en un lote que pertenecía a la familia de la abuela Rosa. Cuando ellos se casaron, sus hermanos cargaron montones de arena y barro, dejaron a un costado piedras y vigas de guadua y caña brava, y se marcharon a continuar su vida en la vereda La Chamorra. Los abuelos, junto con los vecinos, levantaron la casita de dos habitaciones, patio de tierra pisada y solar, a las afueras del pueblo.

En esa casita nacimos Nubia y yo, y allí nos tocó crecer cuando mamá se fue a Toldas a trabajar y ya no quiso regresar. La abuela Rosa nos crió con la cantaleta: “para que no sean como la *perdida* de su mamá”. Esta frase justificó zurras, permisos negados e injusticias; sin embargo, las dos estábamos agradecidas con los viejos. Por eso, cedimos nuestras sábanas a los arrieros la semana de inauguración del hostel.

Nubia tenía solo cinco años, yo siete. A esa edad nos tocó ayudar a la abuela a moler maíz extra para preparar la merienda de los primeros clientes: un par de arrieros con el rostro

aporreado por el sol de las montañas. Se apearon junto a la casita y señalaron el letrero que el abuelo puso en una tabla, con un tizón del fogón: “Hostal del camino”.

—¿A cómo la dormida? —preguntó el más viejo.

—Deme veinte pesos —respondió el abuelo.

—¿No lo deja en quince? —insistió el hombre.

—Bueno, pero me deja tres pesos pa’ la merienda —dijo el abuelo.

Los arrieros no respondieron, se alejaron un poco y se detuvieron a cierta distancia de la casa, con los caballos llevados de cabestro. El abuelo permaneció imperturbable en el corredor, sabía que los hombres solo fingían marcharse para lograr un mejor precio. Minutos después, los arrieros regresaron. El abuelo recibió los caballos en silencio y los llevó a la canoa llena de agua y sal en la que abrevaba su propio caballo. Desde ese momento nuestra pequeña cotidianidad se transformó, convirtiéndose en un trasegar de hombres y cabalgaduras.

Vivir en un hostel implica despertarse a cualquier hora de la madrugada por la llegada imprevista de algún viajero, tener el fogón encendido para preparar comidas de emergencia, y mantener toneladas de sábanas para lavar. La abuela usó cada centavo extra para comprar tendidos de segunda en “El pobre Luis”, un ropavejero del pueblo en el que se vendían toda clase de cosas usadas, no solo ropa. Así creció el número de platos, tazas, almohadas, y velones.



Ethel Gilmour. *Desafortunadamente en una cocina hay que cocinar*. Óleo sobre tela. 100 x 70 cm. 1996. Colección Universidad EAFIT

A pesar de ser la más joven, Nubia trabajó tanto como nosotros. El abuelo era quien recibía a los viajeros y se encargaba de las mulas, pero pronto Nubia tuvo que reemplazarlo cuando llegaba gente y el abuelo no estaba en casa. Ella era casi tan buena negociante y recia para tratar a los arrieros como él.

Para protegernos de la posible lascivia de los hombres, el abuelo mantenía su escopeta de perdigones a un lado del mesón que hacía las veces de oficina. No tardaba en advertir a quien llegaba que en su casa se rezaba el rosario todas las noches y se guardaban las buenas costumbres. Nunca tuvimos un incidente desagradable. Los peones eran, en su mayoría,

callados y tímidos. Quienes se quedaban con el abuelo solo querían descansar. Para divertirse tenían la zona de tolerancia del pueblo que estaba harto distante de nuestro rancho.

Con el tiempo, la tierra del piso fue cubierta por el entablado que Nubia sabía mantener reluciente. Las hojas de caña brava fueron reemplazadas por tejas. Se amplió el comedor y el patio ahora estaba empedrado. Por los días en que la casa estaba más bella y llena de gente, enfermó el abuelo.

No sé cómo se enteró nuestra madre. Un telegrama anunció su llegada. Apareció vestida con ropa extravagante, de la mano de un joven por lo menos quince años menor que ella, a quien presentó como su novio. Nubia nunca me perdonó que la abrazara y la besara. Ella y la abuela no quisieron recibirla. Las dos se encerraron en uno de los cuartos, así que fui yo la encargada de llevarla hasta el lecho del abuelo. La enfermedad lo tenía consumido y casi no hablaba. Mi madre no derramó una sola lágrima entonces, ni en el entierro, dos semanas después.

Ese día desapareció como hacía siempre. Solo dejó en la puerta un atado de confites y una nota en la que decía: "Muchas saludes. Aquí les dejo para que endulcen tanto rencor y amargura. Besos para Nubia". Esa frase, por supuesto, estaba llena

de sarcasmo, pues Nubia fue la única que no quiso dirigirle la palabra ni mirarla siquiera, mientras estuvo con nosotros. Además, dimos por descontado que Nubia asumiría el mando de la casa, y así fue; así que, si mi madre necesitaba congraciarse con alguien, era con ella.

La abuela, que había vivido al lado del abuelo desde los trece años, y ya contaba setenta y nueve, no tardó en seguirlo al lecho de muerte. La casa se quedó terriblemente sola sin los viejos, como si hubiera perdido su alma y se hallara convertida de pronto en un montón de cosas apiladas, sin el calor y el cariño que emanaban de cada rincón, en vida de los viejos.

De nuevo hizo su aparición nuestra madre. Las ropas extravagantes, el maquillaje excesivo, el cabello revuelto. Esta vez nos presentó a un nuevo novio, “abogado”. Dijo esta palabra con un tono sentencioso que nos alarmó.

Yo estaba a punto de casarme. Cuando se enteró, organizó una fiesta. Se mostró complacida cuando supo que dejaría la casa en cuanto me casara y que viviría cerca, en mi propia casita construida por mi novio y su padre en el lote de su familia.

Después de mi fiesta de vísperas, Nubia me ayudó a empacar mis cosas. Las dos llorábamos tanto, que toda mi ropa terminó humedecida, y los pañuelos agotados por las muchas veces que nos sonamos la nariz. Al día siguiente, al regresar de mi boda, Nubia encontró la casa ocupada por mi madre y su novio. Un par de agentes de policía sostuvieron sendos papeles frente al rostro aterrado de mi hermana. Mi madre había reclamado la casa, con la ayuda de su novio y ahora era la legítima dueña.

Nuestra bella casa sufrió una terrible transformación. Ahora el espíritu que emanaba de las paredes no era el reposado y cálido de los días del abuelo; era el del desorden y la necedad. Mi madre y su novio se embriagaban, vendían

licor a los viajeros, comenzaron a recibir peones belicosos y groseros que se presentaban pateando las puertas y armando peleas a machete. Mi madre trataba a Nubia con total indiferencia. Solo le dirigía la palabra para decirle: “Mire, niña, limpie eso”.

Finalmente consiguió lo que quería. Nubia empacó sus cosas en una caja de cartón y salió de la casa en pleno medio día. Mi madre acababa de levantarse de la cama y tenía el rímel corrido y el cabello desordenado. Con ojos macilentos por la resaca la miró salir y la siguió. Se detuvo en el corredor desde donde le gritó: “Chao, besos”, antes de soltar una carcajada ruidosa y cerrar la puerta con gran estrépito.

Es extraño cómo a veces algunas cosas surgen, como si nacieran a la vida. Nuestra casa nació y creció con los cuidados de los abuelos, tuvo su madurez y plenitud de corredores y zaguanes, patio empedrado y macetas florecidas, para morir luego apuñalada por el descuido y la indolencia de mi madre y sus muchos novios.

Cuando voy a la ciudad visito a Nubia en su casa, en el barrio La Floresta. Allí trasladó ella su diligencia y decoro, de manera que su casa se ve siempre limpia, acogedora, ordenada. Cuando pregunta por la casa, no puedo más que responder: “Ahí está”. El hostel, sin embargo, ya no existe. Ella comprende perfectamente y regresa a su café. No quiere saber de la mujer ya envejecida que se asoma a atisbar a los transeúntes desde la ruina de techo hundido y paredes agrietadas que parece a punto de venirse abajo. Podrido y carcomido por los años permanece el tablón junto a la entrada; el mismo en el que tantas veces escribió el abuelo con un tizón del fogón: “Hostal del camino”.

Olga María Echavarría Ruiz es narradora y filóloga hispanista de la Universidad de Antioquia. Ha publicado una novela y un libro de cuentos.

La casa: relato de un sueño cumplido

Marta Alicia Pérez Gómez



Ethel Gilmour. *La cama con Pierre*. Óleo sobre papel. 34 x 49,5 cm. 1979. Colección privada

33

Esta historia me la narró una amiga hace poco. Tanto para ella como para mí, las casas en las que hemos vivido están en nuestra piel, en nuestras mentes, en nuestros sentimientos y el hecho de salir de ellas nos produce un dolor inmenso. Es una sensación que se experimenta como un abandono, como una traición. Debido a ello, su relato no me es ajeno, y me conmovió tanto, que aquí lo transcribo tratando de no traicionar sus palabras. Por eso lo redacto en primera persona, tal como ella me lo contó:

Cuando era niña, todos los 3 de mayo, en medio de la tormenta que siempre se desataba, rezaba los mil jesuses y dibujaba en el cuaderno cuadriculado del colegio, con rasgos difusos, una casa imaginaria que, gracias a mi piadosa plegaria, la Santa Cruz me concedería, o mejor, no a mí, sino a mis padres, porque no teníamos casa propia, vivíamos en alquiler.

Por ese entonces, un amigo de mi papá se ganó en un sorteo una casa construida por el Instituto de Crédito Territorial: una edificación de dos pisos que

combinaba en su fachada el ladrillo con la cal. Mi dibujo, entonces, se volvió más preciso e imitaba la de Leopoldo, el compañero de trabajo de mi papá.

Como su familia era muy allegada a la mía, nos alegrábamos de su ventura y su casa fue durante mucho tiempo la mía. Íbamos allí casi todos los domingos, y jugaba con Lucía, su hija de mi edad, en la sala y en el patio de su nueva casa. Yo añoraba tener una igual o al menos parecida, pero nunca lo logramos a pesar de que la nuestra era una familia similar a la suya. No tuvimos su misma suerte. Así pues, mi anhelo de tener una casa propia no se cumplió, por lo menos en mi infancia, y no volví a rezar los mil jesusos ni a dibujar ilusiones.

Pasó mucho tiempo y un buen día, ya en mi juventud, ¡un hermano de mi mamá nos regaló una casa! Como si nada pudiera ser perfecto, el destino, que hasta entonces nos había sido adverso en lo económico, ahora nos llenaba de alegría, pero también de preocupación. La casa tenía un inconveniente: una deuda, o, mejor dicho, una hipoteca que mi papá no estaba en capacidad de pagar.

Ahora, mi amiga me explica que su papá, como hombre honrado y agradecido que era, no se atrevía a quejarse, pero el monto que debía amortizar mensualmente era muy superior al arriendo que había pagado durante más de veinte años y que privándose de muchas cosas cancelaba sin falta, y además podía hacerlo porque por una ley de la República estaban congelados los arriendos. Ambas sonreímos ante la paradoja y ella continuó su cuento...

¡Al fin se había realizado el deseo de tener casa propia, una noble aspiración de la clase media! No sería como la de Lucía, pero ya era nuestra: grande, un tanto vieja, de un solo piso, de piezas en galería, de techos muy altos, con dos patios, tres baños y fachada republicana. En síntesis, una vivienda tradicional. De sus tres baños, uno era de inmersión al aire libre (mi preferido), otro (cubierto) situado en la última pieza de la galería, y el del servicio al final del pasillo, a

la derecha del patio, también al aire libre. Por su carácter hechizo, parecía que toda esta zona hubiera sido construida en un tiempo posterior, en lo que antes fuera un solar.

Yo le digo a mi amiga que así eran las casas de principios y mediados del siglo xx en Medellín: construidas con gusto, espaciosas, y con jardín o solar interior. Tenían despensa, repostero y algunas, desván, sótano y un cuarto para guardar trebejos llamado familiarmente de “reblujo” (rebujo). Sus baños y cocinas se situaban muy al final de la vivienda, casi ocultos. Hoy el orden se invirtió, las pocas que aún existen las tumban para construir edificios de apartamentos donde todo está a la vista en un espacio reducido, cerrado y uniforme: sala-comedor, baño y cocina en el acceso, los patios desaparecieron y el cuarto de la empleada, cuando lo tienen, es minúsculo, casi liliputiense. Es que las familias de antes eran numerosas (en Antioquia el número de hijos sobrepasaba la docena), pero hoy, la nueva pareja es “malthusiana” y solo concibe tener uno, máximo dos. Una paradoja porque a pesar de ello, el número de habitantes es descomunal. He ahí la razón para el cambio de arquitectura, unida a la escasez de espacio en las ciudades, lo que hace que cada vez las viviendas se eleven al infinito.

Treinta y ocho años viví en esa casa, mi papá solo cuatro, mi mamá treinta y uno, y mi hermano otros tantos. Ella está ligada a mis recuerdos más entrañables, pero también a la muerte, porque allí murieron mis padres.

Luego me fui a estudiar a un lugar lejano, a una ciudad costera y hermosa, viaje en el que tomé conciencia de que salir del hogar, y del país era como abandonar el útero de manera prematura. En esa ciudad, la zozobra que me producían los altos y abigarrados edificios solo la calmaba la vista de una casa-quinta, inmensa y apacible, situada en el alto de una colina cercana a la playa. Allí permanecía horas enteras mirándola. Me remitía a la mía, a mi familia, a mi ciudad y a mi país, símbolos acogedores y protecto-

res, porque también la ciudad, si es la nuestra, es como la casa: un abrigo, un refugio maternal.

Nos tomamos un café y continué escuchando esa historia tan cercana a mí:

Es muy extraño que recuerde más la casa de alquiler que la propia, porque es ella la que permanece con más fuerza en mi memoria y su recuerdo me asalta con ternura. Es la casa de la esquina, la del arriendo congelado, en la que viví toda la infancia y la adolescencia hasta cumplir veinte años; en la que mi abuelo se sentaba en la sala, con la ventana abierta, a ver pasar la gente y a conversar con los transeúntes que se acercaban; en la que mi hermano jugaba pimpón en la mesa del comedor arrimada contra la pared, como entrenamiento para los campeonatos; en la que yo saltaba el lazo con los patines puestos, me distraía con la pelota y la golosa y jugaba a la casita (el muñequero simulaba otra casa con sala, comedor, cocina y habitaciones, en suma una casita dentro de la casa) y en la que más tarde, ya joven, salía a conversar con las amigas, vecinas del barrio, y me visitaba el primer amor.

No obstante, es la misma de la que me avergonzaba porque el vestíbulo no tenía pintura en sus paredes sino cal, a veces blanca, a veces azul clara, que yo trataba de disimular con franjas de papel de colgadura que me quedaban torcidas y que torpemente pegaba con engrudo. Las baldosas del piso eran amarillas y verdes y el suelo de las piezas era de cemento pintado de rojo.

Esa vergüenza que sentía estaba unida a la malevolencia: yo estudiaba en un colegio de la élite (me habían concedido lo que se llamaba "media pensión") y sufrí la hostilidad de una compañera de nombre Gloria Luz, sobrina de un arzobispo. En una ocasión me visitó, y la muy insolente me dijo que vivir en una casa así y con un solo baño, revelaba la pobreza.

Superada la mezquindad de sus palabras, hoy recuerdo todos los rincones de la casa con nostalgia y con cariño. El baño era muy amplio, sus muros, baldosas y accesorios eran blancos, tenía bidet y



Ethel Gilmour. *El pasillo amarillo*. Óleo sobre tela. 100 x 70 cm. 1996. Colección Universidad EAFIT

una bañera inmensa. Allí, mi mamá me bañaba con agua fría. La ducha era grande y plana y, por sus orificios el agua caía en forma vertical. Hoy he visto burdas imitaciones en los grandes almacenes, y al recordar la de esa casa me sonrío. No es la misma, es moderna, un calco de la ducha de mi infancia. También allí, en ese baño, mi mamá, al hacerme el aseo, me prevenía contra los hombres: que no fuera a dejar que nadie me tocara. Yo apenas entendía, pero la angustia reflejada en su cara me decía que debía cuidarme y obedecer sus palabras, que sentía protectoras de una virginidad intocada.

De esa casa, que ya no existe, permanecen en mi memoria las llamadas telefónicas del novio, sus visitas en la sala, sus infidelidades, pero también su constante regreso. También la música que ponían en la radio y que mi hermano me enseñó a oír con deleite. Era música popular, boleros y la que hoy llaman sal-

sa, y con ella aprendí a bailar. El gusto por la otra música, la clásica, vendría más tarde, en la otra casa, la regalada, cuando ya comenzaba mi juventud.

La de alquiler la tumbaron, pero, como ves, el olvido no cabe para ella; y la del regalo aún existe, pero ya no es mía. Tampoco es una casa, nadie vive en ella, es un depósito, un archivo. Cuando paso por ahí siento cierta pesadumbre, por los recuerdos y secretos que guarda de mi juventud. Yo también amaba esa casa solariega, y cuando la dejé, una amiga tan novelesca y sentimental como yo, le tomé fotografías, como si presintiera que era su fin como morada familiar. Esas imágenes, que de tanto en tanto miro, son lo único que me queda de ella.

Ahora vivo en otra, también grande y bonita, que me da serenidad, una emoción muy diferente a la que me producían las demás que habité. Aquí, en esta nueva casa, la vida transcurre lentamente: ya soy adulta, adulta mayor de las confinadas en esta pandemia, y en los largos días pienso cuán importantes fueron mis primeras ansias, mis anhelos que, por la fuerza del deseo, y quizás de los rezos, a lo largo de la vida me fueron concedidos.

.....

Cuando mi amiga se despide, una afinidad muy grande con sus vivencias me impulsa a escribir este relato, que puede ser el de cualquiera, también el mío.

Pero antes de escribirlo, pienso que esos deseos no le fueron concedidos a mis vecinos, dos de los llamados habitantes de calle: Diego, que arregla jardines, y una mujer sin una pierna que decora los alrededores de su hueco con imágenes de la Virgen y en diciembre con bolas de navidad. Viven bajo el puente de la quebrada en dos recovecos, uno al frente del otro. Su hogar está ahí, por eso lo cuidan y se aferran a él, no quieren ningún albergue del Estado. Ellos no tienen casa, y a pesar de que la añoren y recen como mi amiga, quizás nunca la tendrán.

Ahora yo, para paliar el encierro obligado por la pandemia, me asomo al balcón, pero ya no pasan transeúntes como los que conversaban con el abuelo de mi amiga; la calle está desolada, y allí, en ese silencio, evoco el rezo de los mil jesuses los 3 de mayo y, agnóstica o escéptica, como soy, me pregunto si debo agradecer a mi trabajo ¿o quizás a la Santa Cruz? por tener casa, porque, igual que mi amiga, yo también la dibujaba.

Al misterio de por qué en una edad tan temprana surgió ese deseo que ha perdurado hasta hoy, y que me iguala con mi amiga, solo tengo una respuesta: la repetida evocación de mi mamá de la casa de su pueblo natal, que tenía un pozo de agua en la mitad del patio y las habitaciones a su alrededor; una imitación del patio andaluz, de su arquitectura morisca. Es pues una pasión heredada que la narración maternal y amorosa tejió en mí con un hilo fino y resistente.

Y termino con una frase del inteligente y mordaz libro que he estado leyendo en este confinamiento, que viene al caso: [...] “Por eso es mejor no salir nunca de la casa. ¿A qué? ¿A trabajar? ¿Dónde? A qué salir de la oscuridad interior si se está tan bien, resguardado del mundo impredecible, desconocido. [...] Dos siglos hace que vivimos escondidos del mundo en las montañas difíciles, confinados rezando el rosario y apareándonos en familia: conservando la raza”.¹

Referencia

1. Gil, D. (2018). *Colección de tragedias y una mujer*, Bogotá, Penguin Random House, p. 156.

Marta Alicia Pérez Gómez es Bibliotecóloga y profesora jubilada de la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia.

Los anfitriones

Francisco Pulgarín Hernández

|

La voz de Laura de pronto se hizo más cálida; alejada por un instante de su frialdad habitual, pareció como si reflexionara en otra cosa. Luego recobró su tono característico y, sin apartar la vista de la ciudad, comenzó a jugar con el objeto que tenía entre las manos.

De pronto una cadencia deliciosa de notas: *scherzo: molto vivace, allegro ma non troppo*, Dvorak, Brahms, un fluir incesante de notas, un melodioso acercarse al final. De pronto la voz de Laura era la misma voz que había estado persiguiendo durante años, era la caricia que en vano habían intentado recuperar. De pronto: *Adagio*: lamentoso, regreso al principio, a los tonos de siempre. La voz de Laura en fuga.

Advirtió cómo su voz, de pronto, se hizo más dulce. Sabía que para recobrar su tono normal era preciso alejarse de la ventana y de la nostalgia que le producía contemplar la tenue extensión de luces en que, a esa hora, se convertía la ciudad. Sabía que al voltearse chocaría con la mirada vidriosa de Felipe, con el apartamento, con todo lo que había sido su vida con él. Como si se tratara de insectos flotando en el aire, alejó sus pensamientos con un movimiento de manos, antes de procurarse el tono que buscaba para su voz y de comenzar a jugar con el objeto frío que tenía en sus manos.

La mirada de Felipe se había quedado absorta en el ir y venir de las manos de Laura. Sumido en sus movimientos la veía avanzar por la habitación, ensimismada en un monólogo en que sólo contaban sus manos y el rodar silencioso de su voz. Laura iba de un lado a otro

tratando de no revelar que había olvidado el sitio donde estaba el champán. Felipe, agitado, le alcanzó la copa mientras la veía tenderse en el sillón.

Notó con furia, en la mirada de Felipe, el ejercicio de introspección. Notó cómo sus manos desempeñaban para su esposo el papel de un encantador de serpientes; no podía detener aquel fluir preciso de movimientos en el que, por primera vez, descubría un intento de crueldad. Siempre le inquietaba que Felipe alejara la mirada de su rostro y que tratara, como a todas, de convertirla en esas manos que detestaba porque rompían la armonía de su cuerpo. Pero, ahora, el saberlo víctima de su encantamiento, en lugar de atemorizarla, le agradaba. Laura, nerviosa, sorbió un poco de champán antes de dejarse caer sobre el sillón.

No sabía precisar el momento exacto en el que Laura había sido desplazada por el movimiento de sus manos y por la cadencia de su voz. Los brazos de Laura eran delgados, eran blancos, eran tersos, eran brazos que en cada movimiento se rediseñaban, tomando distintas formas y colores. Los brazos de Laura se estilizaban, se alargaban y contraían en el ballet frenético marcado por el ritmo de su voz. Los brazos de Laura derivaban en sus dedos cortos y delicados, exquisitos dedos que surcaban el aire desparramando aristas diminutas. Eran dedos finos, delgados, poseían la fragilidad que cada tecla requería, marcaban el contrasentido de la partitura que él apenas lograba descifrar. Los dedos de Laura apresaron lentos el fino cristal de la copa de champán que luego llevaron hasta sus labios. Los dedos de Laura a veces eran blancos, a veces negros,

pero nunca eran sólo dedos. Sin embargo, Felipe sabía que su atenta mirada de coleccionista no iba sólo tras los brazos o los dedos de Laura, capaces de corroborar la existencia de una anatomía perfecta. Cuando la vio desplomarse en el sillón, comprendió lo que buscaba con su mirada.

El cuerpo de Laura se precipitó sobre el sillón.

Sintió la caída pesada de su cuerpo, el tremendo derrumbe de sus miembros.

Contempló cómo se tendía en el sillón. Sabía que, como en el pasado, cada movimiento que ella ejecutaba hacía parte de una danza precisa, cuyo único objetivo era sacarlo de sus meditaciones e imponerle el sutil encanto de su cuerpo.

Hasta el salón ascendía el eco insomne de la ciudad.

Pensó que no había diferencia entre el sonido de la ciudad y el que producían las burbujas de champán descendiendo por la oscuridad de su esófago, hasta romperse en las paredes del saco estomacal. Felipe no era más que una mancha difusa; Laura veía cómo el traje azul de este se difuminaba en el sillón rojo desde el que la miraba. Hacía años le gustaba jugar a predecirlo. Aquella noche no era la excepción, no tenía por qué serla: Felipe, invariable, al terminar su trago descubriría en el fondo del vaso, con su acostumbrado gesto de resignación, la soledad de los cubos de hielo. Después, permitiría que sus dilatadas pupilas la miraran hasta reconocerla. Luego su mirada emprendería un viaje por cada lugar del apartamento, que de un tiempo para acá era una suerte de prisión. Minucioso, verificaría también cada uno de los objetos que había en él y que, a su modo, contaban su historia de amor, sus pasiones, sus frustraciones. Como siempre, intentaría en vano retener algo del silente escape de la urbe por el ventanal, de

la inmensa reproducción del cuadro de Goya, del blanco y negro del piano, de los sofás de cuero; escrupuloso, evitaría el refrigerador, para culminar el trayecto de sus ojos en el bar, hasta donde iría en busca de otro trago.

Fue el ruido de la ciudad el que terminó por sacar a Felipe del letargo borroso en el que estaba sumido y del que los movimientos de Laura lo habían arrebatado a medias. Contempló el breve abrazo de los cubos de hielo. Miró la hora, aún quedaba tiempo para otra copa, antes de que los invitados llegaran. El cuarto se le presentaba confuso; dio un lento vistazo por la ciudad que se perdía lejana, por el resto de la habitación. Un poco mareado trató de levantarse. Vio como los pies de Laura se descruzaban para permitir la espléndida aparición de sus formas. Vio los labios de Laura acoger una pálida sonrisa, miró sus blancos dedos posarse en el vaso. La escuchó alejarse imaginando el recorrido que observaría hasta llegar al bar. El sonido del licor deslizándose por las paredes de cristal y el choque de los cubos de hielo en el fondo del vaso martillaron sus tímpanos. Felipe, cada vez más sofocado, veía cómo las rodillas de Laura se doblaban y desdoblaban a medida que se le acercaba. Mareado, recibió de sus negros dedos el trago. La conocía hasta el cansancio: ingenua, pediría la botella de champán que él tenía a su lado, y se serviría la próxima copa.

II

Apreciaron en su total magnitud el avance de la luna por el azul rotundo del firmamento, sin sombra de estrellas. Con el tiempo las reuniones se habían librado del nerviosismo de los encuentros iniciales. Laura y Felipe, gracias al hermetismo que rodeaba sus acciones y a la certeza de cada golpe se habían garantizado un aura de respetabilidad y confianza con sus clientes. La pareja de anfitriones estaba parada frente al enorme ventanal, refugiados el



Ethel Gilmour. *Fumigando con glifosato*. Óleo sobre tela.
140 x 110 cm. 1987. Colección privada

uno en el otro, mirando la luna con cariñosa aquiescencia. Felipe, ebrio, había vuelto a sentarse. Laura permaneció absorta en la visión alucinada de aquel espectáculo.

Veía el reflejo de Felipe en la ventana. No quería mirarlo y encontrarse con el brillo apagado de sus ojos, en los que desde años atrás la música era una sucesión de notas grises. Quería evitarse reproches para los que no tenía ni quería hallar respuesta. Lo veía distraído, con el rostro demacrado y un poco sudoroso, pero sin abandonar el gesto de cortesía que le era propio: tal vez recordara el legado de sus amores pirotécnicos o la partitura inacabada que alguna mujer con sus manos, con cualquier otro pretexto, hubiera comenzado interpretar

para él. Laura, sofocada, sentía como su cabeza había comenzado a ceder ante el influjo del champán. Una leve punzada en el estómago la devolvió al estío de sus días con Felipe, a los proyectos desmesurados y al brillo en sus ojos cuando los discutían. Le resultaba curiosa la forma en que la vida los había sumido en la niebla. Los proyectos se habían desvanecido víctimas de las pocas oportunidades para ser artistas en un país sin artistas, y luego, porque habían visto en el trabajo la posibilidad de procurarse una revancha social que no habrían alcanzado por otro medio. El trabajo realizado a conciencia les había dado la oportunidad de crear otro tipo de arte más acorde con sus expectativas. Una nueva punzada en el estómago le recordó que, tal vez, Felipe terminaba su trago y comenzaba a sumirse en ese letargo sin regreso que, en los últimos meses, significaba su dipsomanía.

En los cristales, el reflejo de Laura se superponía a la pálida y casi total circunferencia. El malestar que minutos antes Felipe experimentaba como algo lejano se agudizó con la momentánea visión. No sentía muchos deseos de hablar; lo mejor sería apartarse de la ventana y reposar antes de la llegada de los invitados. Las palabras de Laura le llegaban como ráfagas heladas; contemplaba los trazos perfectos de los que surgía su espalda, el ir y venir acompasado de sus brazos. La veía borrosa, nítida, fiel al recuerdo que su memoria había transcrito para él desde su primer encuentro. Cuando sorbió el trago, sintió náuseas. Recordó las dudas que los desmayos y mareos de Laura habían suscitado; no dejaba de ser irónico que tantos años de experiencia terminaran por revertirse contra uno de los dos. El tiempo de convivencia, el encierro en el apartamento, primero obligatorio, después consensuado, cuando vieron que no necesitaban salir, que su mundo estaba allí, había creado nexos cuya evocación los vulneraba. Aun así, comprobadas sus dudas con respecto al embarazo de Laura, no pudo aplazar la decisión ni

pasar por alto aquel error. Después de aquella noche, de Laura sólo preservaría (como una medalla más) en la quieta transparencia del formol, aquellos brazos que le habían dictado la música durante años, mientras su voz se difuminaría lenta, como la promesa de mejores destinos para ambos. Sintió cómo los brazos de Laura lo rodeaban, temblando, al comprobar la cercanía de sus dedos en sus dedos; le entregó la copa con sumisión, dispuesto a despachar el próximo trago.

III

La voz de Laura de pronto se hizo más cálida, alejada por un instante de su frialdad habitual; pareció como si pensara en otra cosa. De espaldas a Felipe, pasaba de una mano a otra el afilado escalpelo. Se retiró de la ventana, se alejó de la ciudad, recorrió con sus ojos de lince, palmo a palmo, aquel apartamento en el que habían sido felices, en el que se habían refugiado del mundo para hacer surgir su gran obra de arte, antes de clavar su mirada en Felipe, que intentaba en vano levantarse.

De pronto, la cadencia deliciosa de esa voz durmió el dolor que taladraba su cabeza. En la dispersa ebriedad del cianuro la vio borrosa, pero sus palabras persistían de un lado para otro del salón, diáfanas, inalcanzables, hasta moldear las extremidades que dictarían la música sugerida por su voz, la música, apresada en la inmovilidad de tantos brazos coleccionados a través de años de juicioso trabajo. Con aplicación de artesanos habían convertido el oficio de la ablación en una inconclusa obra de arte que, solo y ahora, sus propios cuerpos deberían culminar. Comprendió que esa noche no tendrían invitados: ellos eran a la vez anfitriones y comensales. La escuchó moverse por el apartamento, pronunciar con dulzura las frases que conocía hasta la saciedad. Faltaba poco para que ella misma lo acompañara en su letargo. Sabía, desde el inicio de la tarde, que la

mitad de todo aquello se limitaba a un asunto de negocios; el resto, como era natural, surgía de la necesidad de prolongarse, de los mutuos errores que, al igual que en su relación, ya no les permitían continuar con su sociedad. Sintió desprecio por ese último destello de romanticismo que le había impedido desempeñar a cabalidad su papel y descubrir en su cuerpo los rastros del veneno, los síntomas que en otros cuerpos le habían sido inconfundibles. Intentó, de nuevo, incorporarse. Se avergonzó por lo torpe del intento.

Notó los cambios en su voz, el malestar creciente del champán, el mareo lento que la adormecía. Al voltearse para mirar a Felipe, ya no le interesaba parecer distante. Sabía que esta vez, al contemplar su rostro, no buscaba los gestos esquivos que delataran alguna de sus muchas traiciones o la mirada por la que se filtrara algo de amor. Esta vez, buscaba otra cosa: la tristeza en esos ojos que conservaría, a pesar, de la buena suma que estarían dispuestos a pagar por semejante trofeo. Advirtió cómo, de pronto, su voz se hacía más dulce a medida que recitaba las palabras que, durante años, le había oído repetir a Felipe frente a cada una de las víctimas: *le hemos administrado una dosis letal... sobra decirle lo mucho que su discreción facilitaría mi trabajo...* Lo demás era hartamente conocido: los frascos preparados con anterioridad, el trabajo con la sierra, la limpieza del apartamento, almacenarlo en el refrigerador, quizá al lado de los niños. Mareada y sudorosa se dijo a sí misma, recuperando para su voz la frialdad usual, que le esperaba una larga jornada.

Francisco Pulgarín Hernández es escritor, productor y guionista. Productor y asesor de guion de la película *La mujer del animal*. Médico cirujano de la Universidad de Antioquia, fue finalista en los 50 Premios Nacionales de Cultura Universidad de Antioquia en la modalidad cuento.

La casa abandonada

David Betancourt

He vuelto a mi barrio de niño y he visto, como lo supuse, una casa grande que parece un castillo en el lugar donde estuvo nuestra querida casa. Me he acordado de ti, Jhony, cómo no hacerlo.

Miro la casa desde el frente y se me parece a un cajón que alguien revolcó. Nada está en el lugar de antes. Donde estaba la puerta vieja de madera hay una ventana de hierro. Los dos postigos solo están en el recuerdo. Veo un garaje donde no había garaje, una lámpara desconocida, un jardín. En vez de tierra, cemento. En vez de cortinas, vidrios y rejas de cárcel. A qué basura habrá ido a parar lo que antes estaba allí, a qué parte de lo inútil, a qué lugar del olvido.

Jhony, tengo ganas de tocar en la puerta de metal y meterme en esa casa grande, pero me da miedo porque allí no estarán ustedes. Me da miedo no ver a Víctor correteando por el pasillo. Me da miedo no encontrarte a ti, mi Jhony, brincando como una pulga feliz. Me da miedo que a mi memoria llegue la imagen tuya en la cama blanca y bonita de urgencias y no los retratos que a mí me gustan.

Quiero sentarme en el piso de la sala y enmugarme hasta el alma, caminar por todas partes, colgarme de las manos de la baranda del patio, vaciar los baños una y mil veces, quiero, Jhony, escarbar la arena amarilla del solar y sacar lombrices y jeringas, perseguir ratas y atraparlas para tus experimentos, pegar las alas de las mariposas, y verte reír y vivir. Quiero jugar a las escondidas, bolas, a los vaqueros con la pistola sin balas que ellos dejaron, a pararnos en las manos hasta sentir la sangre como hormigas caminándonos dentro de la cabeza.

Quiero tocar en la puerta y me da miedo de que nadie me abra, quiero meterme por la parte de atrás, por el solar...

Jhony, me he acordado del día que entramos por primera vez a la casa abandonada. Yo no quería, me daba mucho miedo invadir un lugar desconocido, igual que hoy. Mucho miedo. Ustedes me insistieron, me rogaron y me convencieron. Fuiste tú, Jhony, quien me recordó a los mosqueteros y me amenazaste. Me dijiste que si no los acompañaba dejaría de pertenecer al grupo y me tocaría andar solo el resto de mi vida. Y nos metimos por la parte de atrás de la casa que mira hacia la clínica El Rosario donde estuviste convaleciente una semana. Aplastamos con tablas la selva del solar y empujamos la puerta. Es imposible, Jhony, hacer lo mismo hoy. Sería una locura. Me matarían de un balazo por andar por tejados ajenos.

He tocado y me ha abierto la señora de la casa. Es muy formal y muy bonita, y me ha permitido recordar, me ha dejado caminar por la casa vacía de nosotros. Quiere que le cuente nuestras historias, quiere, Jhony, que le hable de ti y de la casa, de nosotros. Le he ofrecido ser su guía turístico de mis recuerdos.

En la sala veo unos muebles blancos muy finos que hacen juego con el color crema de las paredes, hay un tapete, la Biblia abierta, colgado de la pared un espejo redondo que evito mirar. Jhony, odio los espejos porque castigan, porque no mienten. Unas baldosas que brillan y dan pena pisar, una escultura de Moisés. No hay cucarachas, Jhony, como en la casa abandonada. Hay recuerdos y muchos, y en ellos te veo y se me paran los pelos.

Estás buscando cucarachas, es fácil encontrarlas, las atrapas y las llevas de las antenas al tarro amarillo, llevas grillos, lagartijas, cucarrones y arañas que parecen pulpos. Quieres, Jhony, inventar un nuevo animal, un Frankenstein chiquito y con antenas. Coges al azar de la caneca los bichos, Víctor y yo te ayudamos, y con las jeringas que desenterramos del solar las clavamos en un cartón. Te ríes, Jhony, y a Víctor se le contagia tu linda risa blanca. A mí me parece cruel lo que hacemos, pero me río porque no quiero dejar de ser uno de tus mosqueteros. Cuelgas el cartón de las paredes que esconden nuestras diabluras y lo miras como si fuera una obra de arte, un cuadro, como si fuera un paisaje que cada día ve caer un árbol, los ve pudrir hasta que se llena de vacío, y entonces hacemos otro y lo colgamos como un reloj que adorna.

El espacio donde está el comedor no dejó huellas del ayer, pero los recuerdos me han permitido ver el patio de entonces. Aquí, Jhony, está el comedor, pero en mi cabeza está el patio y nosotros elevando los cucarrones amarrados con hilo. Suben para liberarse hasta donde les da el cansancio, caen, Jhony, duro como granizo, vuelven a ascender con esperanza hasta que... Cuando la cometa no obedece hay que cambiarla, decías.

Te confieso que los alacranes todavía me dan pavor, me intimidan con solo mirarlos, pero tú, Jhony, igual que los vaqueros, demostraste ser valiente, y los vaqueros no les tienen miedo a los alacranes. Los coges del aguijón como si fueran de mentiras. Te veo haciendo un círculo con gasolina o petróleo y lo enciendes y luego los lanzas dentro del círculo. Los alacranes buscan la salida desesperados, se miran entre ellos. ¿Qué pensarán?, dices. Se clavan su propio aguijón, Jhony, ahora lo sé, se suicidan como los hombres que no quieren morir en las manos de sus enemigos y no encuentran otra salida. Eso se llama honor, Jhony, honor. Y al final muertos todos, no-



Ethel Gilmour. *Dormitorio*. Óleo sobre tela. 100 x 70 cm. 1996. Colección Universidad EAFIT

sotros de la risa, ellos... Es fácil reír de niño, luego se olvida.

La señora me ha dicho que preferiría convivir con leones o cocodrilos, que con cucarachas o ratas, que detesta y le dan fastidio esos animales asquerosos que nacen del abandono, que se multiplican cuando se sienten solos. Pero no, Jhony, no es la soledad ni el abandono, porque siempre estaban acompañados por nosotros y por ellos, ellos, los culpables de que nunca volviéramos a la casa abandonada, ellos, los culpables de nuestra separación. Jhony, las ratas

no te gustaban, te asustaban más que la noche. Las ratas, ellos, lo recuerdo siempre con claridad, las ratas, ellos...

Me he acordado de los días antes de confirmar que no éramos los únicos que visitábamos la casa abandonada. Jhony, estabas empecinado en hacer un experimento con dos ratas, necesitabas saber cuánto tiempo resistirían sin ahogarse atrapadas en la caneca de Pintuco puesta al revés, cuánto tiempo sus cuerpos soportarían el hambre y la falta de aire.

Víctor trajo la primera cogida de las patas, era graciosa y fea, parecía un balón con cola. Yo atrapé la esquiva, la flaca, Speedy, así la bautizamos, tú, Jhony, quieto, te burlabas de nosotros como un dictadorcito y sonreías de la obediencia que te profesábamos. Levantábamos levemente la caneca y las espiábamos con el espejo, era un ritual.

A los siete días nos dimos cuenta de que la gorda estaba muerta y que Speedy había desaparecido, y pensamos que Dios nos estaba dando una lección. Y concluiste, Jhony, como todo un detective, concluiste que la muerta se había comido a Speedy para no morir de hambre. Concluiste al instante que había desaparecido como un fantasma y que la gorda había muerto de soledad. Concluiste...

Pero luego nos enteramos de lo que en realidad sucedió. Las huellas de los zapatos, las colillas de cigarrillos que, igual que bichos, se reproducían cada día, la yerba, las botellas vacías, las jeringas, Jhony, las jeringas con las que hacíamos los cuadros, y los cordones, Jhony, con los que los colgábamos. El balón de Víctor, mi cuaderno olvidado, tus gafas negras en lugares distintos como si caminaran.

Las cosas no aparecen porque sí, no cambian de lugar sin explicación, Jhony, ellos las trajeron, ellos movieron la caneca y Speedy escapó, y como la gorda estaba muerta dejaron

la vasija tal cual para que el fétido olor no les molestara sus noches de jeringas, polvo, humo y orgasmos. Jhony, todo tiene explicación en esta vida, todo, pero me cuesta entender lo tuyo. Por qué a ti, mi Jhony, por qué. Hace poco soñé con ratas que te miraban padecer en la cama bonita y blanca, esperaban a que te despertaras, pero murieron de viejas.

He mirado el solar, Jhony, de esquina a esquina y me he acordado de cuando jugábamos a los vaqueros con la pistola sin balas que dejaron ellos, de los duelos para comprobar quién era el más rápido para apretar el gatillo, de la mano como pistola disparando balas salidas del dedo índice y del sonido del gatillo de la pistola oxidada que todos queríamos tener y que rifábamos, de las muertes que nos propiciaba una y mil veces la imaginación. Espalda contra espalda, un paso y dos y tres hacia delante, igual que en las películas de vaqueros, y pum, pum, pum... Siempre ganabas, Jhony, porque tú lo decías, siempre nos tocaba a Víctor y a mí caer derrotados.

Te pido disculpas, Jhony, por no haber ido a la casa abandonada el día que te llevaron a la clínica El Rosario, estaba castigado, pero luego fui a visitarte. Te toqué la cara, Jhony, y te abracé, te hablé al oído y te dije que te esperaría para que volviéramos a hacer locuras, a jugar a los vaqueros, a hacer experimentos. Antes de irme me quedé mirándote desde la puerta y te vi muy lindo acostado en esa cama que parecía un cielo, tú, un ángel, Jhony, te di todas mis fuerzas... Víctor me dijo que no tuvo la culpa, que, así como desapareció la rata apareció la bala, sin explicación, pero no creas, todo tiene explicación en esta vida, Jhony.

David Betancourt es escritor, periodista y filólogo hispanista. Ha ganado varios premios literarios nacionales e internacionales. "La casa abandonada" hace parte de *Buenos muchachos* (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2011).

Quédate en la ventana

María Adelaida Echeverri Villa

A través del humo que desprende el cigarrillo apostado en sus labios, Ricardo observa las hojas secas del guayacán en la calle; las ve elevarse en amplias volteretas, descender hamacadas por el viento, formar corrillos que se arrastran para volver a levantarse en una nueva oleada y seguir infatigables, hasta perderse más allá de las casas donde el muro de un edificio interrumpe el horizonte. También mira la casa verde diagonal a su balcón: allí continúa ella, sentada cerca a la ventana sin sus cortinas blancas, con un triángulo de sol sobre el tejido que oculta sus piernas muertas y la cara atenta al camión de la mudanza. Las hojas tostadas del guayacán vuelan ante la ventana, golpean la pared cuarteada y se desploman como pájaros atontados. La casa se ve encogida, retraída, como si sus vecinas, altas y jóvenes, fueran a devorarla. Durante quince años, desde el balcón ha visto transformarse la arquitectura del barrio; las viejas construcciones ahora son edificios que contrastan con la casa verde, privada de cualquier remodelación. Las dos se parecen, la casa y ella. Como si hubieran nacido en la misma época y envejecieran juntas sin dejarse tocar por la modernidad. Diríase que viven su propio tiempo, ajeno al transcurrir del nuestro.

Ricardo siempre está en el mismo punto del balcón, pegado a la baranda bajo las hojas escuálidas de la palma y cerca de la mesa donde un cenicerito humea permanentemente, impregnando de alquitrán y nicotina la torre de libros que allí ha levantado. Las baldosas están curtidas en un trecho que se detiene cerca al barandal, marcando el recorrido de su aparatoso caminador, limitado por la mesa, la palma y la aralia, la jaula de los canarios y las campanitas de metal que

se descuelgan del techo, bamboleando su tonada. Desde allí figonea, a través de la persiana de hojas de la palma, las ventanas de la casa y el garaje, esa puerta corrediza que pocas veces se ha desplazado sobre sus rieles, con tanta avaricia que Ricardo sólo percibe, desde el balcón, la sombra de un carro que nunca ha visto salir de allí; entonces eleva las cejas, su frente se arruga y los ojos interrogan al tejido gris tendido sobre las piernas quietas de aquella mujer que se aferra a los brazos de la silla cuando se oye el chirrido del metal de la puerta. Cierra los ojos y las farolas de un carro lo iluminan, luego el golpe antes de caer sobre su propia sombra en el pavimento, los libros descuadernándose en el aire, el Volkswagen estrellado contra un árbol, los gritos de una mujer, su jean de muchacho empapado de sangre. Ahora son pantalones de paño y unas piernas que dejaron de trotar para convertirse en el apoyo de sus pasos con el caminador.

La palma aletea en su cuello, lo hace parpadear, levantar nuevamente las páginas pisadas por el cenicerito y releer, ahora que se acerca al final, el primer párrafo: *Desde el balcón, aquel 8 de septiembre, cuando esperaba el camión de la mudanza, vi el agua que se desprendía en delgadas hebras desde la regadera; los geranios en su maceta extendían las manos para recibir el baño; la mujer, de rasgos ligeramente orientales, que sostenía el jarrón de latón floreado, suspendió el movimiento de su brazo y dejó sus ojos sobre mí por un instante, una mirada aguda y en cierto modo marginadora que cortó de plano cualquier intento, cualquier inicio de un puente entre balcón y ventana. Un vaho cálido cubrió mi rostro humillado sin darme cuenta de que desde ese momento se gestaba en mí un desafío...*

Su madre ha sugerido modificar la distribución de la mesa y las materas —ancladas allí desde que llegaron—, incluso llevarlas a otro lugar, pero él no lo ha permitido. Desde otro ángulo no podría ver la casa, no hubiera podido correr las cortinas con sus ojos, caminar por el pasillo, entrar a las habitaciones y encontrar la historia que ahora casi termina. Si la silla no estuviera cerca a la baranda, tampoco podría apoyar en ella las manos cruzadas y sobre estas la barbilla, y los ojos no se le escaparían tras el balón de fútbol que los muchachos patean en la calle, y así creerse como entonces, con Carolina en la cancha, sus guayos de la suerte metiendo goles y Caro agitando la banderita blanca de estrellas rojas de Los Artilleros. Caro agitando la mano, despidiéndolo desde la puerta, mientras él cruzaba la avenida, los libros en la mano y el rostro iluminándose con la desgracia. Una hoja seca que cae sobre *Otras inquisiciones* lo distrae. Enciende otro cigarrillo, piensa en la ceguera de Borges y en el volumen de su obra. Mira el lápiz inmóvil sobre la libreta de apuntes y se pregunta por la utilidad de su vida. Cuántos años en una silla viendo correr historias en los libros, en el trecho de la calle que abarca su mirada, en el arrume de hojas que inunda de frases apresuradas creándose otro destino donde no ocurrió un accidente, donde él, cada día, muda de cuerpo y sale, después de recoger el periódico y pellizcar la mejilla de su madre, con las manos en los bolsillos, silbando satisfecho, para ser protagonista o espectador de relatos y firmarlos después con el seudónimo de Suárez que algunos de sus amigos ya han identificado.

Los tallos de los tulipanes del mantel quedaron entrelazados en los dedos inertes de Alma; no alcanzó a ver el resplandor que se apagó en el fondo de los ojos de Lorencita, ni la escalera en flor que Bernardo extendió sobre la mesa. En su rostro renació el gesto ingenuo que miraba los acróbatas y el mago del circo, mientras en la frente de Aníbal se marcaban los surcos que le aparecerían veinte años después. Lorencita retiró el cordón del cuello de Alma; con la



Ethel Gilmour. *Que la Virgen lo acompañe*. Óleo sobre tela. 114 x 125 cm. 1990-1991. Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

llave en la mano y los ojos de Bernardo y Alicia escalando hasta los suyos, abrió la puerta. El lamento de la madera acusó con rabia los años de clausura. Se mezcló el olor a tabaco con el polvo, las telarañas temblaron con el aire nuevo, la mirada insomne de los muertos en los portarretratos brilló como si esperaran este momento. La cerradura del escaparate no se opuso al temblor de las manos de Lorencita, ni se inmutó cuando vio salir la caja de turrones de Alicante que Alma llenó de papeles membreteados. Minutos después, sólo quedó en la calle la estela del carro que partió deprisa.

Su libreta de apuntes rebosa bosquejos, posibles tramas, finales que intentan descifrar la mirada muda y discreta que a veces lo penetra como un dardo, dejándole en la piel el olor sombrío que esconde bajo el tejido. La ha llamado Lorencita. La ebria, la esquizofrénica, la asesina, murieron descuartizadas en el bote de basura; sobrevivió la escritora, quizá para sentirla más cercana y esperar que algún día, en el balcón, pueda leer lo que ella, a veces, escribe a lápiz en hojas blancas, en las tardes muertas que pasa

cerca a la ventana, mientras un par de mujeres con el pelo recogido como cebollas en la cima de sus cabezas la acompañan, las mismas que, temprano en la mañana, altas y envarilladas en sus faldas grisosas, la llevan a la iglesia de San Pablo, demorándose en los saludos de quienes encuentran a su paso. Poco salen, poco las visitan, enajenadas en su mundo de bordados y bifloras, desde donde oyen, circunspectas, el murmullo de la calle, al igual que Ricardo, vencido por los desniveles de las aceras, los perros, las preguntas inoportunas y las miradas deslizándose por los tubos metálicos del caminador hasta sus piernas balbuceantes.

Lorencita parece ignorar el mundo sumida en la escasa atmósfera que la rodea durante seis horas diarias: un sillón forrado en cretona, raído por el constante acomodo de su cadera inquieta cuando una palabra precisa la rehúye; una mesa-escritorio de poca altura, antigua mesa de cocina con la pintura blanca descascarada en sus patas torneadas, colmada de hojas; lápices mordidos durante prolongados instantes en los que su mirada se pierde en un punto fijo sin ver nada; un vaso que merma su contenido amarillento al mismo ritmo pausado con que fluye la escritura desde sus dedos deformados por la artritis; dos estanterías con pocos libros y un candelabro que enciende cuando la oscuridad apenas le permite ver.

Siempre ha sospechado que sus ojos oblicuos responden más a una actitud de fisgoneo que a rasgos antropológicos. Tal vez, también intenta descifrarlo; tal vez, también escribe una novela y él es su personaje. También él rehúye su mirada cuando la demora en el balcón, temeroso de que escudriñe sus pensamientos. La certeza de algo en común que los acerca y los distancia cruza sus pensamientos como si un agorero gato negro se atravesara entre sus pasos. Acercarse sería dejar de inventarse. Quizá por eso sus miradas se esquivan en un acuerdo tácito de sonrisas esporádicas, desvaneciendo el temor de convertirse en espejos, uno del otro.

Jamás pensó que alguien pudiera colarse por las rendijas de su soledad para hurgar su destino. Lorencita me odia. Aunque sólo abre las ventanas un rato en la mañana para regar sus flores, siente que mi mirada morbosa abre las puertas que ella asegura con candados y traspasa las telas pesadas de las cortinas, los muros carcomidos por el tiempo; que vigilo su respiración bajo las sábanas, sigo sus manos cuando desliza el jabón por su piel agostada, aspiró el aroma del café que deja en la mesa; que me asomo por encima de su hombro para leer lo que escribe, como una sombra persiguiendo los recuerdos que envejecen inmóviles, amarillentos y difusos, entre los marcos de madera y plata que penden de las paredes o se yerguen rígidos en las incontables mesitas y repisas que saturan las alcobas.

Repasa las fachadas de los edificios con el cansancio de haberlos mirado siempre, de haber descubierto lo que ocultan sus muros. Los rostros tras ellos están dibujados en sus relatos. Mujeres de tacón alto que cierran la cortina en el séptimo piso, el hombre en mangas de camisa que lucha con el televisor descompuesto, el muchacho del acné que alza pesas frente a un espejo, el niño obeso, la abuela sonámbula, el ladrón que se esfuma por calles que ya no conoce, encerrado, ajeno a las cabezas que se inclinan de lado dejando constancia de su lástima. Dos perros pelean en la calle, gruñen, se atacan. Ricardo le apuesta al cojo. La mujer en la ventana permanece impasible, aquietó sus manos sobre el tejido sorprendida por el sueño, por las hojas secas del guayacán que se asemejan a su rostro, indiferente a la marcha de las horas, sin volver su sonrisa ni sus ojos rasgados al balcón, como si presintiera que el final de Lorencita se acerca. El perro cojo se aleja victorioso en la carretilla de su dueño, con la pirámide de bolsas que le tocó del trasteo. Cuatro hombres continúan subiendo muebles al camión. Su madre asevera la construcción de un edificio nuevo, se queja del próximo polvo invadiéndolo todo y regresa, rezongando, a la cocina, dejándole en la mesa una naranja.



Ethel Gilmour. *Casa, carro y beca*. Óleo sobre tela. 87 x 108 cm. 1971. Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

Alicia irrumpe cada dos horas sobre Lorencita, deja en el cuenco de su mano una gragea roja y le acerca un vaso de agua a los labios; luego, Lorencita afana el lápiz mordido sobre las hojas blancas, ya no se detiene a pensar en las palabras, el final de su novela fluye a la par del de su vida, lo presente. Quizá por eso, ahora me ignora. Ignora al hombre que, fiel a su silla bajo la palma con sus hojas de un verde inmortal, y que con sus ojos invencibles ha esperado la culminación, exudando la paciencia de la codicia, finalmente conocerá la tragedia que las inmovilizó en el tiempo, a ella y a su casa, porque Alicia...

Movimudanzas Ltda. en letras rojas y amarillas. Mientras los ojos achicados en la ven-

tana siguen las últimas cajas que suben al camión de mano en mano, los de Ricardo jadean. La casa encogida, desnuda, los dedos de Ricardo sólo se atreven a encender cigarrillos que se quedan colgándole en la boca; la mirada turbia da saltos por las páginas que le dobla el viento y, como si lloviera, se agazapa por momentos tras los hilos de agua para entrever la penumbra del garaje; no hay ningún carro blanco, ningún carro con las latas estripadas, desde donde una mujer grita mientras otros gritos se les acercan, a ella, a él, las manos de Caro retirándole el pelo de la frente, su rostro borrándose, su voz apagándose. Nunca quiso saber quién fue la mujer que los derribó a él y al árbol y

que luego le envió una nota amarrada a una orquídea blanca.

Hoy, Ricardo ha tomado más café del que acostumbra. Saber que se acerca al final de la novela —contrario a lo que debería sentir— lo desasosiega. Su vecina permanece enmarcada en la ventana, como un objeto olvidado. Una hoja amarilla rueda por su cara y se asienta sobre sus dedos entrelazados, otras más se han quedado prendidas de su suéter, bordadas por la brisa que intenta despertarla. Las hojas secas la sepultarían sin que ella se inmutara. Ricardo vuelve a la primera página, la mira de nuevo a ella, con los ojos inquietos del 8 de septiembre, cuando el pelo negro le caía en cadejos sobre los hombros. Suspira cerrando los ojos. El pelo negro de Carolina le roza la cara, los libros en el piso, las florecitas azules de la blusa rodando por los brazos, la mirada brillante que se fue opacando en las terapias inútiles que se robaron las horas de los encuentros y que fueron escondiendo sus hombros blancos hasta no verlos más. Apaga el cigarrillo y enciende otro, la garganta le arde igual que el deseo de prolongar las páginas, como si la presencia de la vecina dependiera de Lorencita.

Entre sus libros se asoma Virginia Woolf, un clip marca una página, un óvalo rojo encierra un fragmento: “El tiempo, que es un soleado prado en el que baila una luz, el tiempo, que es tan ancho y llano como un campo al mediodía, comienza a formar una pendiente. El tiempo se adelgaza hasta formar un punto. Del mismo modo que la gota cae del vaso con un denso sedimento, cae el tiempo. Éstos son los verdaderos acontecimientos. Entonces, como si toda la luminosidad de la atmósfera se retirara, veo el fondo desnudo. Veo lo que las costumbres ocultan”. Entonces, como si alguien lo golpeará en la espalda, aferra la última hoja del arrume:

... contiene un grito y desgaja una rama de la palma. Por su mente se cruza la certeza de que Lorenci-

ta no volverá. Ve derrumbarse la casa revestida de abandono por el polvo y el moho que se apoderaron de sus paredes. Las tórtolas huyen de los árboles con un vuelo atolondrado; cabezas curiosas se asoman para ver caer las puertas entre el rechinar de sus bisagras; corren cucarachas y ratones sobre ladrillos destrozados; a tientas vuelan los murciélagos que escapan de las tejas que se ven venir abajo, mientras los parales del techo comienzan a desplomarse. La vajilla de porcelana y los espejos crujen frente a los rostros sonrientes que van perdiendo sus marcos y el carácter de recuerdo de familia. Los libros, confundidos con los trozos de madera, dan un salto después de su caída como si quisieran evitar quedar sepultos. Y las cortinas vuelan en jirones llevándose la historia...

... llevándose la historia... Sus manos se agitan y se agitan las hojas atiborradas sobre la mesa. Vuelve su madre con otro café, se apean los niños del bus escolar con voces escandalosas, husmean como perros el camión de la mudanza y se alejan indiferentes. Ricardo apaga con violencia el cigarrillo, la mujer le sonríe desde su ventana sin cortinas. Una sonrisa triste, tan extasiada en sus labios que se atenuaron los años de su piel, de su pelo, de los muros verdes de la casa. “El tiempo, que es un soleado prado en el que baila la luz, el tiempo, que es tan ancho y llano como un campo al mediodía...”, aún no comienza a formar la pendiente —se dice en voz alta—, todavía queda tiempo, puedo darle otro giro a la historia, quizá si Lorencita... Y en sus ojos se dibuja un ruego: quédate en la ventana.

María Adelaida Echeverri Villa es cuentista y odontóloga de la Universidad de Antioquia. Sus cuentos han sido incluidos en diversas antologías literarias. El cuento aquí publicado hace parte del libro homónimo *Quédate en la ventana* (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2010).

Pequeños propietarios

Roberto Arlt

Cierta noche, Eufrasia, poco después de cenar, le dijo a Joaquín, su esposo:

—¿Sabes?, tengo el presentimiento de que el de al lado le roba materiales al infeliz a quien le está construyendo la casa.

Joaquín la soslayó hosco, con su ojo de vidrio.

—¿De dónde sacas eso?

—Porque hoy al oscurecer vino con el carrito cargado de polvo de ladrillo y tapado con bolsas, para disimular.

—No puede ser.

—Sí, porque ayer traía unos mosaicos debajo del brazo, también envueltos en una bolsa rota. Y se les veía el canto.

—Entonces... ¡quién sabe!...

—Sí... también me fijé cuando tenía la otra obra. Al principio llegaba temprano con el carrito, después, cuando estaba por terminar, mucho más anochecido, y siempre el carrito tapado. Con ese material deben haber construido la marquesina.

Taciturno, replicó Joaquín:

—Claro, así es fácil construir obras para darles envidia a los otros.

Luego no hablaron más. Cenaron en silencio y el ojo de Joaquín, el corredor y pequeño propietario, estaba tan inmóvil como su otro de vidrio.

Solo al acostarse, cuando Eufrasia iba a apagar la lámpara, dijo sin mirar a su esposo, con la voz ligeramente desnaturalizada por el deseo de que fuera natural:

—Si el dueño de la casa lo supiera...

—Lo hace meter preso —fue el único comentario del tuerto. Luego se acostaron y ya no hablaron más.

Los dos propietarios se odiaban con rencor tramposo.

Tal sentimiento había madurado al calor de oscuras ignominias, y lo teñía de colores distintos la semejanza de desgracia que se deseaban. Cosme, el albañil, invocaba sobre la propiedad de Joaquín una catástrofe súbita. No podría especificar, si se lo preguntaran, qué clase de catástrofe era la que le deseaba a su vecino, ya que esta no llegaba sino en excepcionales casos a la muerte. Y esta falta de imaginación le atormentaba con iras fugaces pero tormentosas, pues estaba seguro de que si concretara su deseo, sería feliz.

En cambio, Joaquín había objetivado este anhelo.

Deseaba que el albañil se arruinara.

Se imaginaba que su vecino no podía pagar las mensualidades del terreno que con poca diferencia de tiempo habían comprado a plazos, y el sencillo acto de representarse la roja bandera de remate flameando en el jardín de Cos-

me le regocijaba siniestramente. Crujíanle los dientes y su ojo de vidrio traslucía un fulgor más intenso que el otro, al acecho, bajo un fino párpado siempre arrugado.

Dos hechos fueron el origen de este odio.

Cuando Joaquín compró el terreno, pidíole presupuesto, para la casa que pensaba construir, a Cosme, y luego, lógicamente, le dio la obra a otro albañil.

Pero como necesitó utilizar la medianera de su vecino, este, furioso, le exigió un precio superior al valor natural, y Joaquín, rechinando los dientes, se negó a pagar. Una mañana en que el albañil estaba ausente, hizo colocar las vigas del techo sostenidas provisoriamente por unos parantes, de modo que cuando Cosme llegó era demasiado tarde para detener la obra.

Mas como el importe de esta era inferior al de la cantidad requerida para sustanciar un litigio ante los tribunales (imposibilidad que lo puso furioso al albañil, pues deseaba arruinar a Joaquín) el asunto fue a parar a un Juzgado de Paz y en el plazo de un año y medio Cosme cruzó sombrío y tempestuoso, sucios salones atestados de oficiales de justicia y palurdos aburridos. Conoció todas las triquiñuelas de los que no quieren pagar y durante numerosos meses buscó en su caletre arduos sistemas para asesinar a su vecino, mas como era muy bruto no se le ocurría nada y al fin, cuando ya desesperaba de la justicia terrestre, cobró.

Pasó el tiempo y este odio creció, ya no con la energía brutal del primer año; porque ahora que ellos estaban en reposo, el rencor maduraba a la sombra, destilando en el alma de los propietarios un jugo que les engordaba los tuétanos rezumándoles en el alma feroces proyectos y cierto goce oscuro y vigilante: el presentimiento de que algún día el otro se “las pagaría”.

La primera puñalada traperera partió del albañil.

Joaquín construyó una piecita sin presentar el plano a la municipalidad, y lo más grave es que no se hizo colocar el contrapiso, de acuerdo con lo reglamentado en el digesto.

Cosme lo supo, charlando con el peón de Joaquín en el despacho de bebidas del almacén de la esquina, y puso esta gravísima infracción en conocimiento del Inspector Municipal de zona.

Vino este y el corredor tuvo que abonar una fuerte multa, pero no si haber visto antes cómo el inspector destrozaba su hermoso piso de pino, a fin de comprobar la infracción.

Aquel día una lágrima cayó de su ojo de vidrio, mientras Eufrasia maldecía en la cocina el poco carácter de su esposo en no irle a buscar querrela al albañil. Y este esa noche se sumergió en su camastro mascullando dulces palabras torvas.

Siete meses después el albañil compró un carro y un caballo para transportar sus materiales a la obra, pero por negligencia, no construyó la caballeriza de acuerdo a las disposiciones del Digesto Municipal. Joaquín, so pretexto de examinar su techo, subió al de Cosme, estudió aquel establo provisorio, luego se hizo recomendar a un inspector, y un buen día el albañil fue sorprendido por una multa, amén la orden de construir la caballeriza que le costó más que el carro y el caballo.

El éxito de estas cuchilladas lubricadas con jurisprudencia, no marchitaba aquel odio.

Joaquín no podía verle a Cosme sin estremecerse de rabia, y la grosera figura del otro le espantaba hasta la repulsión física, pues el albañil era pequeño, morrudo, cargado de espaldas, y en su cara biliosa, había siempre sonriendo, impúdicos, dos ojuelos verdes. Su voz surgía sesgada, recargada del sonido “guee”, y cuando Joaquín le escuchaba se escalofriaba hasta el malestar físico. Y sin embargo charlaban.



Ethel Gilmour. *La sala azul*. Óleo sobre tela. 100 x 70 cm. 1996. Colección Universidad EAFT

Porque a veces conversaban. El tema era el desmesurado costo de los ladrillos, o cualquier otra cosa.

Joaquín, que necesitaba mil ladrillos para el invierno próximo, comentaba:

— Dicen que van a subir a cuarenta el mil.

— A cuarenta y cinco.

— Pero eso es un escándalo. ¿Se da cuenta usted? Diez pesos de aumento el mil.

Y por esos cinco pesos de exceso que tendría que pagar dentro de cuatro meses, se estaba una hora protestando con el otro contra el país y sus leyes, solidarizados por la común desgracia del costo del material.

Sentían el placer de ser avaros, y, a la inversa de la gente de otra condición, en vez de ocultar el defecto lo exhibían como una virtud, regodeándose en su tacañería.

Y Joaquín, que era más sensible y romántico que Cosme, cuando conversaba de estas mise-

rias, le parecía ser igual al dueño de un conventillo de la calle Loyola, y entonces insistía en su argumento, esperanzado de llegar a ser algún día un propietario gordo, que a la puerta de su casa remiendaba la tapia con un balde lleno de tierra romana.

Y lo único que se reprochaba era no ser demasiado mezquino.

A pesar de esta aparente cordialidad, cuando conversaba con el albañil, le parecía entrever en las verdes pupilas del otro, un alma inmóvil, pesada como un monstruo de carne cruda, que entorpecía sus sensaciones, suspendiéndole en una sonrisa tímida, de la áspera cháchara de Cosme.

Y no discutía con él, sino que, por lo general, asentía a lo que el albañil decía, mientras que todos los nervios se le sublevaban en una contracción silenciosa, que al transcurrir los siguientes días se traducían en sus pensamientos en una crispadura roja, como la de una epidermis cicatrizada después de una quemadura. Y sus pensamientos, semejantes a sanguijuelas, se movían en un mundo homicida y fangoso.

En cambio, el albañil se veía caer sobre Joaquín con un puñal en la izquierda.

Era en la esquina lúgubre de su casa, con los desperdicios de basura en la vereda de tierra, y el farol de nafta iluminando con su luz amarilla un círculo del que Cosme brotaba cuando pasaba el tuerto.

En tanto, sus deseos no se consumaban, descreditaba la casa, y cuando Joaquín quiso venderla, y recibió la visita de un comprador, Cosme, que escuchó la conversación por la baja tapia del fondo, siguió al desconocido, y una vez que este se hubo separado de Joaquín, lo interpeló, convenciéndole de que la casa estaba construida con pésimos materiales, lo cual era cierto.

Además, este odio era cuidado, abonado, puesto en tensión como las cuerdas de un violín, por sus respectivas esposas.

Se deseaban padecimientos atroces, lo que no les impedía hablarse sonriendo, adulándose respecto a insignificancias, dedicándose en los saludos sonrisas melosas, cambiando entre sí melifluos “sí, señora” y “no, doña”, porque la mujer del corredor, que usaba sombrero y medias de seda, era “señora” para la otra que solo gastaba batón para salir y no se cortaba melena. Y como las propiedades estaban divididas por un cerco de alambre, conversaban a la hora de la siesta, buscándose a su pesar, yendo al jardín a recortar las rosas mondadas por las hormigas, o a preguntarse la hora, motivos estos que eslabonaban conversaciones inagotables, donde se sacaba a relucir la vida de la carbonera y la posibilidad de un tranvía en la calle próxima, dándose con solicitud conmovedora consejos sobre computas y modos de podar las plantas.

En estos diálogos ocurría a la inversa que en los de los hombres, y era que la mujer de Cosme daba siempre la razón a la de Joaquín, imitando el modo de conversar de “la señora Eufrosia”, sonriendo con sonrisas que le doblaban el vértice del labio hacia el ojo izquierdo, mientras que, a su vez, la “señora” movía en gesto de comprensión la cabeza hacia la pechera de su batón, gesto que era característico en la alfabeta que se había hecho de este tic, para no demostrar ignorancia. Pues tal movimiento era un compuesto de comprensión e indulgencia, o sea, las condiciones de inteligencia elevadas a su máximo, descubrimiento inconsciente pero que utilizaba con acierto la mujer del albañil.

Y el odio que no podían enrostrarse, la casi repulsión que las separaba, ponía en estos diálogos una atracción, y, sin repararlo, cuando ambas conversaban, estaban como esas criaturas que temiendo el vacío se asoman a los altos ventanales.

Ahora Joaquín no podía dormir.

Súbitamente se había introducido una incomodidad en su conciencia. Era aquello algo extraño, cierto apresuramiento del tiempo a través de sus nervios, de modo que la sangre empujada por el frenesí de los minutos, corriendo más rápidamente, tornaba anhelosa su respiración.

Bruscamente se le había transformado la vida, ¿mas, por qué su esposa no lo miró antes de acostarse?

Recordándolo, le parecía raro el tono de su voz, que ahora se le presentaba un poco desnaturalizada por el deseo de que el pensamiento expresado pareciera la consecuencia de una actitud natural.

Y, aunque desasosegado, no se movía.

El tiempo no pasaba nunca en las tinieblas, pero descentrado por una ansiedad de espera, sentía que la mitad longitudinal de su cuerpo pesaba más que la otra debido a un repentino descentramiento de la conciencia.

Y no quería asomarse a sus pensamientos, porque le parecía que de levantar la cabeza chocaría la frente con ellos.

Luego, entornando los ojos, miró por el intersticio de los postigos el cilindro amarillo que en el fanal del farol oscilaba tristemente y se dio cuenta que en la calle soplaba el viento. Pero no se movía; tan inmóvil estaba, que lo sobresaltó la voz de su esposa preguntando:

— ¿Qué te pasa que no dormís?

Y a las doce de la noche estaba aún despierto.

Tal silencio pesaba en el cubo negro de la estancia, que el silencio parecía el susurro

tibio de los fantasmas desprendiéndose de los muros. Había algo de horrible en esa situación.

Tenía la impresión de que su esposa estaba incorporada junto a la almohada, pero él no la reconocía, porque de aquel semblante amable durante el día solo restaba un perfil de hueso de nariz rampante y terrible mirada lechosa, que, atravesando su carne, estampaba en su conciencia un dictado terrible.

Tan fuerte era el llamado implacable, que se revolvió espantado en su cama, al tiempo que con su voz suave le preguntaba su esposa:

— ¿Qué te pasa que no dormís?

No podían dormir.

Los atenaceaba el mismo deseo pesado, la igual perspectiva de desastre que podían desencadenar sobre el albañil; y la figura de Cosme surgía ante sus ojos, desmesurada en la soledad de la callejuela, encorvada en el pescante de su carrito, con el pelo enredado sobre la frente y soslayando con sus ojuelos verdosos la carga roja de polvo de ladrillo.

O veían esto otro: y era el sargento de policía llegando en el crepúsculo a la casa de Cosme, golpeaba las manos, y de pronto, ellos, escondidos detrás de la ventana que daba al jardín, escuchaban:

— ¡Señora... su marido está preso por ladrón!...

Un grito desgarrador cruzaba la perspectiva y la mujer caía desvanecida en el patio de mosaico, mientras que ellos solícitos acudían corriendo y preguntando:

— ¿Qué le pasa, señora... qué le pasa?

Y ya Joaquín, no pudiendo soportar más su pensamiento, dijo en voz alta:

– No; por eso no lo van a condenar.

– ¿Por qué?

Dejó él caer el brazo en la almohada de su esposa y dijo:

– Le darán dos años de cárcel... pero condicional... Lo único es el dolor de cabeza.

– Te entiendo.

– De lo que me alegro, porque uno es sensible aunque no quiera. Eso sí... lo más que le va a pasar es que le rematarán la casa...

– ¿Quién?...

– El dueño de la otra obra... por daños y perjuicios.

En silencio se refocilaron los cónyuges, asomados a la siniestra perspectiva judicial de una tarde de domingo, con la callejuela recorrida de honestos propietarios, excitados por un remate ordenado por el juez. ¡Qué plato para la ferocidad del barrio!

Veían la bandera roja flameando en la caña tucuará, mientras que ellos, seguros, calafateados en su "casa propia" comentaban en rueda con el carbonero y la panadera las ventajas de ser honrados y esas desgracias que ocurren por "ensuciarse por una miseria".

Paladeando sus frases, Joaquín agregó:

– A nadie le gusta pagar... y el dueño de la obra va a encontrar admirable el pretexto de que Cosme lo robaba para hacerlo meter preso y no aflojar la plata que le debe...

– ¿Pero por una miseria así?...

Joaquín replicó indignado:

– ¿Una miseria? ¡Estás loca tú! El otro día lo pusieron preso a un carpintero por llevarse unas alfarjías y un paquete de clavos de la obra. ¿Dónde iríamos a parar si cada uno hiciera lo que quisiera? ¡No, m'hijita, hay que ser honrados!

– Sí, la frente limpia... ¿pero cómo vas a hacer?...

– Mañana me averiguo dónde está la obra... la dirección del dueño...

– No le vas a escribir, ¡eh!...

– Sí... pero le hago un anónimo a máquina.

– ¡Cómo se va a poner la hipocritona de su mujer! Fijate que ayer, con pretexto de enseñarme un figurín, me dice: "Ah, ¿no sabe?, cuando mi marido termine la obra le vamos a poner persiana a todas las puertas". Y todo, ¿sabés para qué?, para hacerme "estrilar".

– ¡Qué gentuza!

– Y pensar que uno tiene que tratarse con ellos...

– Dejá... mañana lo arreglamos.

Bostezó Joaquín un instante, y ya cansado, dijo:

– Me voy a dormir. Hasta mañana, querida.

– ¿Y no me das un beso?

– Tomá... y que duermas bien.

Roberto Arlt (Buenos Aires, Argentina, 1900 -1942). Cuento tomado de *El jorobadito*, Buenos Aires, Librerías Anaconda, 1933, 209 págs.

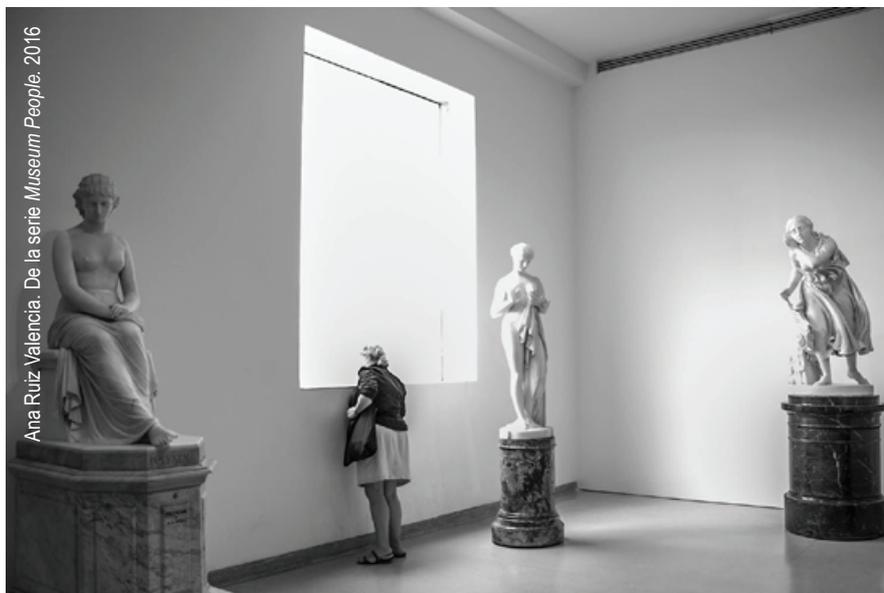
PROGRAMACIÓN

J U N I O / 2 0 2 0

Les proponemos algunas opciones culturales y formativas de su interés y para compartir en familia.

miércoles a las 5:00 p. m. Conversatorios MUUA

El Museo Universitario de la Universidad de Antioquia le invita a seguir las transmisiones Facebook Live UdeA y UdeADesdeCasa, durante el mes de junio.



55

3 de junio. El Museo contingente

Los espacios museales son laboratorios de acción inmaterial, articuladores de procesos y espacios de construcción ciudadana.

En épocas de pandemia los museos enfrentan a la pregunta por su acción y pertinencia en una sociedad que más que nunca escapa a definiciones y a narraciones certeras sobre el futuro. Si la palabra de moda es la reinención y la adaptación a las nuevas realidades que asoman, ¿qué es lo que tenemos que reinventar? ¿Para quién? ¿Es posible lograr la plasticidad que el presente demanda?

El conversatorio compartirá desde distintas voces porque se habla ahora de un museo expandido, que va más allá de sus colecciones y de sus edificios. Igual, de un museo que se enfoca en la acción inmaterial con respecto a los discursos que crea y a los espacios críticos que propicia.

10 de junio. Obra pública: un inventario artístico y cultural en la UdeA

El curador de artes visuales del Museo Universitario, Mauricio Hincapié Acosta y el profesor y curador del Museo Abierto de la Universidad, Armando Montoya López plantearán los asuntos y perspectivas alrededor de lo que representa la obra pública.

Con su visión se tejerán las implicaciones y el modo como, en el caso de la Universidad de Antioquia, se ha gestado la obra pública para que se considere hoy el Museo Abierto de la Alma Máter, y el valor patrimonial de esta colección integrada por ochenta y dos obras en el campus central y en otras sedes.

De manera ilustrada, el diálogo recoge la presencia estética en la universidad de maestros de la talla de Enrique Grau, María Paz Jaramillo, Germán Botero, Pedro Nel Gómez, Fredy Alzate y Rodrigo Arenas Betancourt que, entre otros, permiten con sus obras contar en el campus, y para disfrute de la ciudadanía, de un espacio en el que el arte se integra a la formación académica y que, a la vez, facilita las lecturas diversas sobre las realidades y la vida nacional.

De esta manera, el análisis sobre la obra pública dará cuenta de su incidencia en la construcción de procesos identitarios y del servicio a la sociedad para generar otros imaginarios, así como de los retos en materia de conservación y pedagogía de las propuestas artísticas.



Rodrigo Arenas Betancourt. *El hombre creador de energía*. Bronce y concreto. 18 m. 1968. Universidad de Antioquia. Foto: Mauricio Hincapié Acosta

Facebook Live UdeA-#UdeACultura



17 de junio. ¿Y dónde están los educadores de museos? ¡Presente!

Las áreas de educación en los museos son relativamente nuevas. Cuando se les otorgó un lugar de manera formal hace más de diez años, al igual que un escritorio de un profesor, se llenaron de documentos y casos especiales por atender de manera urgente. En la actualidad, sus asuntos no solo corresponden a la labor de “educar”, más bien se

nos ha hecho la invitación a participar de acciones que, no solo incluyen procesos curatoriales y de gestión cultural, sino que también nuestro radio de acción se orienta hacia las personas, además de divulgar los patrimonios.

Nos preguntan entonces: ¿qué están haciendo los educadores de museos ahora que no tienen personas por atender? Pues bien, en esta conversación varios educadores de museos nacionales e internacionales hablaremos de todo aquello que nos tiene encabezando la lista de los infaltables en los museos.



57

martes, jueves y sábado a las 4:30 p. m.
Cine de calidad para todos

En tiempos de pandemia, los contenidos cinematográficos presenciales que nos ofrecía el Departamento de Extensión Cultural han migrado a la virtualidad. Cada semana, a través de nuestras redes sociales y del portal universitario, nuestro público podrá disfrutar de un ciclo de cine diferente con excelentes filmes de diversos países, a través de plataformas digitales legales, sin costo ¡y sin movernos de casa!

Siga las redes sociales de la Universidad de Antioquia @UdeACultura (Facebook e Instagram) y las redes de la Red de Cineclubes de la Universidad de Antioquia @CineUdeA (Facebook e Instagram).

#UdeADesdeCasa

Organiza: Coordinación de Artes Visuales del Departamento de Extensión Cultural

Recuerde que tenemos espacios
para disfrutar en familia

todos los jueves a las 5:00 p. m. en UdeAcultura. Concierto Acústico

Momentos repetibles de propuestas de todos los géneros musicales.

Para sentirnos como en la U.

Visitas guiadas a cargo del Programa Guía Cultural

#UdeADesdeCasa la ruta de guías: <http://www.udea.edu.co/wps/portal/udea/web/inicio/campanas/udea-desde-casa>

lunes 11:00 a. m. Recetas diarias para la cuarentena

#UdeADesdeCasa



58

Y no te desconectes de la U, sigue:

#UdeADesdeCasa, https://www.facebook.com/udeacultura/live_videos/

Actividades lúdicas para grandes y chicos realizadas por Extensión Cultural y el MUUA, que, junto a otras propuestas de bienestar y de distintas dependencias universitarias, nos unen a la academia, al deporte, al arte, la música, la cultura y la literatura.

Actividades académicas

Para aprovechar el tiempo y ponerte al día en herramientas necesarias para la vida académica, la Facultad de Ingeniería te invita a participar de su oferta:

- Aspectos legales y técnicos en tiempo del Covid-19. Conferencia “Derechos COVID-19. Impacto de la normatividad en la gestión del cambio” y ciclo virtual de conferencias hasta el 11 de junio
- Cursos Excel como herramienta de simulación en ingeniería Química. Inicia el lunes 1 de junio de 2020, 6:25 a 8:45 p. m. Informes: comercialceset@udea.edu.co



P R E M I O S
nacionales de cultura
Universidad de Antioquia
2020



Salón Nacional de
Artes,
Mutis 2020

Convocatoria abierta hasta el viernes 26 de junio de 2020

Mayores informes: premioscultura@udea.edu.co / 2195177-2195175

www.udea.edu.co/premiosnacionalesdecultura

   @UdeAcultura

con el apoyo de:



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**



La cultura
es de todos

Mincultura

Evento apoyado por el **Ministerio de Cultura**
Programa Nacional de Concertación Cultural

- 1 Editorial
La casa, un jardín en el cielo
Oscar Roldán-Alzate
- 5 En el centro de la casa
Camila Charry Noriega
- 7 Ser en la casa
Orlando Gallo Isaza
- 10 3 poemas sobre la casa
Pedro Arturo Estrada
- 12 La quietud absorta
Luis Germán Sierra J.
- 13 La casa
Judith Nieto
- 15 Se vende cama
Evelio Rosero
- 21 Una rata
Juan Carlos Orrego
- 25 La puerta de mi cabaña
Óscar Castro García
- 30 Besos para Nubia
Olga María Echavarría Ruiz
- 33 La casa: relato de un sueño cumplido
Marta Alicia Pérez Gómez
- 37 Los anfitriones
Francisco Pulgarín Hernández
- 41 La casa abandonada
David Betancourt
- 44 Quédate en la ventana
María Adelaida Echeverri Villa
- 49 Pequeños propietarios
Roberto Arlt
- 55 Programación cultural

